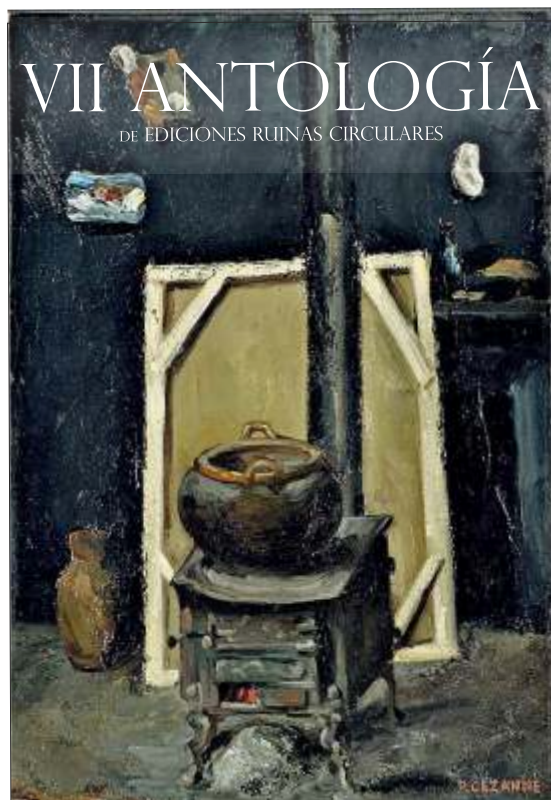




CUENTO/POESÍA

VII Antología : cuentos, poesía / Raquel Jaduszliwer ... [et.al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2015.

110 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-3613-39-5

1. Antología Literaria. 2. Poesía. 3. Cuentos. I. Jaduszliwer, Raquel
CDD A860

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
JUNIO 2015

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Cuadro de tapa: Paul Cezzane -Le Poele Dans Latelier-1865

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

VII ANTOLOGÍA
DE
EDICIONES RUINAS CIRCULARES

CUENTO/POESÍA

JURADO 2014

PRESIDENTE:

LILIANA DÍAZ MINDURRY
(ESCRITORA)

MIEMBROS:

PATRICIA BENCE CASTILLA
(ESCRITORA/EDITORIA)

MARÍA LYDA CANOSO
(PREMIO EDICIÓN - POESÍA 2013)

JOSÉ LUIS FRASINETTI
(PREMIO EDICIÓN - CUENTO 2013)

LAURA CARNOVALE
(ÚNICA MENCIÓN DE HONOR - POESÍA 2013)

JORGE ESTÉBAN MUSSOLINI
(ÚNICA MENCIÓN DE HONOR - CUENTO 2013)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL
ediciones ruinas circulares

P O E S Í A

PREMIOS EDICIÓN

RAQUEL JADUSZLIWER - ALICIA MÁRQUEZ

MENCIÓN ÚNICA DE HONOR

RUBÉN RECHES

MENCIONES GENERALES

RAFAEL GABINO BRITEZ
MARIA FERNANDA CASTELL
ALICIA WAISMAN

RECOMENDACION DEL JURADO

PABLO MARTÍNEZ G.

FINALISTAS

EMILIO HERRERA
CLAUDIO LINARES
MARÍA SOL SCIASCIA
SUSANA SLEDNEW
RODRIGO HUGO TAVELLA

PREMIO EDICIÓN- POESÍA

Raquel Jaduszliwer



Nació en San Fernando, Pcia. de Buenos Aires.

Se recibió de licenciada en psicología en la UBA y se dedica a la clínica.

Obra publicada:

Los panes y los peces (2012) Primer Premio de Poesía Editorial De Los Cuatro Vientos. La noche con su lámpara (2014) Primer Premio de Poesía Fundación Victoria Ocampo.

En narrativa le fue otorgada la Mención Única en el Premio Hydra de ciencia ficción y fantasía (La Habana, 2013) por su novela "En el palacio de aguas corrientes" (inédita).

Participó en la Antología del cuento fantástico argentino contemporáneo publicada por Editorial La Página y el diario Página 12 (2005).

Participó con obra de su autoría en el número 16 de la publicación española "Tres en suma", dedicada a poesía y arte (2015).

Seleccionada por la Editorial Bruma para integrar su Antología de homenaje a Juan L. Ortiz (2015).

Contacto con la autora: rjaduszliwer@yahoo.es

DOS PANES

Entro y pido dos panes como todas las noches
estas últimas noches ilustran y condensan toda la oscuridad

entro y pido dos panes
que sean los más blandos
y agrego que son para un enfermo
alguien que debe sentarse en el umbral antes de terminar con la partida
el viaje de una cuadra
su horizonte difuso
compactado en tan poco tan sólo con la piedra que sirve de reparo

por eso los dos panes que pido deben ser los más
blandos y claros
toda su harina blanca de adentro para fuera
y su exterior dorado como el de un sol doméstico
perdido en una escena
de esas que ilustran lo más feliz de entre los días posibles

pido por eso los dos panes cada noche mientras me
estoy volviendo
los más blandos y claros
los lejanos
los del milagro bíblico los que se multiplican

una vez más pido los panes
los panes y los peces alrededor flotando

en alto
en estado de gracia

PREMIO EDICIÓN - POESÍA



Alicia Márquez

Es Nació en Buenos Aires, estudió en la UBA primero Ciencias de la Educación, después Letras y arte dramático con Juan Vehil.

Es escritora, poeta, novelista, guionista, directora y actriz.

Su obra, “La luna de Heliotropo” fue llevada durante dos años a todas las escuelas públicas del país.

Tiene tres libros publicados.

Fue una de las seleccionadas para figurar en el libro “Poesía en el subte”, certamen que organizaron Metrovías y Revista la Nación y que publicó Ediciones La Flor, entre setenta y cinco mil aspirantes.

Tiene en la gatera dos novelas, una de las cuales resultó finalista en un concurso realizado en Colombia. Obtuvo además, diversos premios literarios y figura en varias antologías.

Asistió a los encuentros de Mujeres Poetas en el País de las Nubes, en Oaxaca, México.

Junto a Bibi Albert dicta un taller virtual y otro presencial de poesía.

Es una de las organizadoras de Las Pretexas, del encuentro de poesía latinoamericano Abrazo de Voces. Y todos los meses, de marzo a diciembre, asiste, como integrante del mismo grupo, al café literario que se realiza desde hace 11 años.

Contacto con la autora: amarquez.alicia@gmail.com

FILOSA

Cuando duermo en el cajón de los cuchillos
es preferible que no se me acerque nadie.
La lengua se me vuelve aguda, no soporto
las redondeces, me parecen absurdas.
De mi lengua salen espantos puntiagudos,
adoro las esquinas feroces de los muebles,
me apasionan las tijeras,
los alfileres me llenan de emoción,
las agujas me producen sonrisas inacabables,
y tengo navajas en la punta de los dedos.
Cuando duermo en el cajón de los cuchillos
las espadas parten el aire con un sonido
de látigo siseante
y las conversaciones que más me gustan son
las cortantes, puntiagudas e incisivas.
Yo les digo a los complacientes
y a los eternos simpáticos
que, de vez en cuando,
hay que dormir en el cajón de los cuchillos.
Es el mejor remedio para tanto almíbar.

ÚNICA MENCIÓN DE HONOR POESÍA



Rubén Reches

Poeta, autor, compositor, profesor de francés, traductor.

1985 -Arrabal de Esferas, Ediciones La Lámpara Errante.

2012 -Poesía Reunida, Ed. Ruinas Circulares.

1985 -Poesías, François Villon, Centro Editor de América Latina

Cuatro Canciones Artesanales, Mandioca, 1986.

Rubén Reches canta a Georges Brassens,

Ediciones Musicales Ubabrá.

Contacto con el autor: rubenreches@hotmail.com

RINCONES

Casi todos los días, con el respeto de cualquier hecho por su
probabilidad de ocurrir
en algún rincón de la ciudad
dos hombres amigos se confiesan que perdieron sus vidas.

En sus voces y en sus ojos hay tranquilidad,
si las manos sostienen vasos o botellas no tiemblan,
pero breves mensajes de miedo se arrojan de un alma a la otra
como entre columpios.

Durante años, en vacíos cafés de barrio, encerrados en piezas
horas enteras,
se habían aconsejado, reprendido, agradecido palabras
alentadoras o brutales
como si se tratara de monedas de oro.

Ahora advierten que aún los más pronunciados giros logrados
tras cada acometimiento de voluntad
tampoco fueron sino el único modo de hacer que el itinerario
que los trajo hasta esta conversación
fuese duramente recto;
que todo fue como el que hasta ayer estaba en sus últimos días
y hoy es el último y lo sabe y mira el reloj
y, aun con error, entiende que siempre estuvo en la agonía,
que una fiesta, una celda, una mañana mirando libros
no lo conducían a ella sino que desde ella se devanaban.

Como en toda conversación entre quienes ya ven acero en el minuto,
si hay sillas, estas arraigan en un mar de muertos.
Ambos lo saben, pero no lo mencionan ni les importa mirar.

Ahora distinguen días en que, sin pudor, como se orina el viejo,
de algún rincón vedado irán a desenterrar sus invenciones
para exhibirlas a la impiedad de gente que todavía no nació.

Ahora saben que son un mismo odio ése que antes los hacía
medirse con ciudades
y aquél que los llevará a esconder los fósforos cuando la
esposa envejecida quiera hacerse un té.

Y esto sucede casi todos los días, en algún rincón de la ciudad,
con el respeto de cualquier hecho por su probabilidad de ocurrir.

MENCIÓN GENERAL

Rafael Gabino Britez

Profesor de Literatura en escuelas secundarias públicas.

Profesor de Taller de Lectura, Escritura y Oralidad en el nivel terciario.

Periodista.

Licenciado en Educación.

Publicaciones:

"Lámpara en tierra", en Mutti, Marta (comp.). Matices y pasiones; poesías. Buenos Aires, Dunken, 2006.

Britez, Rafael. Denza, Néstor. Carlotto, Estela de, pról. "Los pibes del Santa": represión estudiantil en Florencio Varela 1976-1983. 2da. ed., Bernal, Provincia de Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

Contacto con el autor: rafaelgabino@gmail.com

SEIS SUEÑOS Y UN TERCIO

I

Ese destello que a veces asalta la conciencia
altera la certidumbre de estar vivo
permanece un momento rozando la locura
es un fulgor apenas de la herencia perdida
no es un bien dado por gracia
es construido con cada gesto
con cada conmoción del cuerpo
salimos al patio a bailar con la luna
se derrumba el universo
en el brillo de una lágrima.

II

Una mañana partí a buscar las preguntas
enterradas en el jardín prohibido,
alguien horneaba pan y cantaba.

Es un milagro que todavía esperes mi regreso.
Con el paso de los años el camino olvidará
el color de mis ojos.
¿Quién recordará las marcas dejadas por mis manos
cuando abracé una causa?

III

No es el miedo, ese rumor
es la memoria de las palabras
silenciadas, arrojadas al viento
cargado de amapolas negras
que anda dando vueltas
mientras la casa se derrumba
en la frontera de lo incierto.

IV

Mirarte es despojar de engaños el tiempo y la distancia
hundirse en el insomnio
quedar abandonado en el núcleo
salvaje del delirio
y la ternura.

V

En el desierto no hay puntos de fuga,
la intemperie, un laberinto perfecto
los peregrinos caminan en círculos
hasta convertirse en estatuas de arena,
mojones dispersos para un alucinado.

Tormenta

no serás el agua
que aquiete mi sed

no vengas todavía
frescura de una lluvia
sobre la lengua ardiente

de tu fuego nazca

la determinación necesaria

para espantar al buitre de la soledad.

VI

En los límites del lenguaje
la palabra oscurece lo que nombra,
extravío verbal, caída en el vacío
al pie de lo callado
metamorfosis de lo etéreo
sustancias de lo efímero
en constante mudanza
rozan nuestra percepción
y huyen hacia la espesura
donde se refugia el misterio.

1/3

Ves tu cara en un espejo ovalado
sentada en el fondo del mar
sobre escombros de la infancia,
una sombra te mira y se pierde
desdibujada por cortinas translúcidas
estatuas de sal custodian tu sueño.

MENCIÓN GENERAL

María Fernanda Castell

Nació en Coronel Dorrego en 1965. Es antropóloga social y coordina talleres de creatividad. Publico: "En el Abras", por editorial Siesta, 2004 y "Peces de Agua", editorial Tema. Portugal Edición bilingüe, 2004 "La construcción de lo desagradable" editorial Vela al viento. Libros Fractales, 2014. Comodoro Rivadavia. De la migración, Tropic Sur, 2014 y Una novela: La pena de A. Editorial Expreso Nova, Buenos Aires 2014. Vive y trabaja en La Plata. Algunas distinciones como La fundacion Octubre 2 premio y el Gines de Poesía 2 premio, 2001.

Contacto con la autora: fernanda_castell@yahoo.com.ar

DOBLE

Feliz cumpleaños

Y un día se hizo el hielo y la Paz Mundial
fue la paz de los cementerios.
Fue cuando se enterró a sí
en una fosa de arena que nunca terminaba
de cubrir porque la marea removía y removía
como ocurre con las hojas secas amarillas del otoño
y las plumas caídas prematuras
el viento arrasa y lleva vaya a saber dónde
enterrar los juguetes y muñecas
junto con los vestiditos del bautismo
(y el primer oro)
todo te abrigará en esa cuna definitiva
tal vez escuches el viento y los benteveos a la mañana
y los teros a la noche (qué sabremos nosotros
soledad soledad hay una clara y diferente)
Las lagunas guarden a los patos jóvenes de la puntería
del cazador.

La sal de la vida

Un viento fuerte levanta el espíritu y
una sudestada mezcla mar con aire,
La lluvia salobre enriquece los campos
como las cenizas después de un incendio
o erupción. No tenemos dimensión colectiva
de los acontecimientos. Y calificamos de tragedia
algo que en escala sería una hormiga aplastada
por el dueño del jardín.
La biología limpiamente va arrasando con especies
poco hábiles. Nosotros apostamos a la duración,

Imagino el aire penetrando el mar y
vesículas gaseosas generando universos
inútiles entre las gotas del mar revuelto.
Un banco de agua vivas dividiendo su plasma
y los cazones en la luz fría de Junio
cuando los bañistas toman capuccinos en la calle Santa
Fe.
Las almejas trabajando insistentes.
y la arena reorganizándose marea a marea.
El mar en Junio debe estar templado
y silencioso en lo profundo.
Como al principio de todo,
elementos y silencio.

El viento sería un puente móvil
entre edificio y plataforma continental
en el segmento se va y se vuelve
mientras el mar de Junio alimenta
la fantasía de quien yace a cuarenta metros en el aire
Estamos en el aire, ¿No te das cuenta?

No, estamos en una estructura que nos sostiene.
Atravesados por el aire del Sur,
que trae la sal de la vida a esta ciudad insípida.

MENCIÓN GENERAL

Alicia Waisman

Licenciada en Cs Antropológicas y Profesora y Traductora de Francés. Participó de los Talleres Aníbal Ponce y Mario J. De Lellis en los '70. Obtuvo Mención General en la V edición del Concurso de Ruinas Circulares y Publicó Ser Hablada, en 2013, bajo el mismo sello.

Contacto con el autora:aliciawaisman@yahoo.com.ar

PROUSTIANA

I - Marcel

Las voces que ve
-cuando por fin se duerme-
no lo acarician.
Lo estremecen.

Ruidos duros (lentos).
Combate desigual:
Él es uno solo.
Ellas rebotan una y otra vez
contra las paredes del sueño.
Duplicación (desdoblamiento)
sin pausa.

Quién sabe
pueda
empujar esas paredes
trascenderlas.
Mirar una voz
-sólo una-,
esa.

Y sentirse acariciado.

II - Swann

Lo que tenés

-que me enamora-

es

-al mismo tiempo-

perdición

Silencios

en una partitura

III - Gilberto

(Lo blanco del día presagia desdicha. Ya no puede medir la distancia entre ella y el silencio que los separa. Un silencio que Gilberte no calmará).

Ese nombre dejaba en el aire una promesa pequeña.
Salías desde adentro del aire, con tu gorro de piel,
corriendo hacia mí, empujada por mi deseo.

Gilberte, cómo no amar tu esencia pequeña, tu desdén, tu ignorancia, si sólo yo sabía que lo áspero del comienzo de tu nombre me extasiaba, y luego era la b de la segunda sílaba, como el beso que hubiera querido darte -¿hubiera querido?-, para terminar en un eco apenas pronunciado, resonancia de una boca entreabierta. Silenciosa.

Y así como tu nombre anticipaba tu presencia, así tu imagen se escapa. Humo que me rehúye.

IV - Gilberte

El pelo de Gilberte
derrite la nieve
encandila a Marcel

(Yo también vi
les Champs Elysées
incendiados
desnudos.
Despojos de un verde
que ya no es)

La sonrisa de Gilberte
-la que alejaba las nubes-
esa
se perdió para siempre

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Pablo Martínez G.

Nació en Tandil, una madrugada. Ha escrito y publicado numerosos ensayos sobre literatura y trabajado como periodista en radios y revistas de la Argentina. No publicado nada de su obra hasta hoy, aunque hace años que promete editar su libro de poemas Guayaquil City. Es muy posible que algún día lo haga.

Contacto con el autor: pmgram@gmail.com

LA POÉTICA DE ARISTÓTELES

Hablemos de la poesía,
de cómo es preciso construir fábulas para que la composición poética resulte.

Toda la poesía viene a ser, en su conjunto, imitación.

Pero se diferencia por imitar con medios diversos,

o por imitar objetos diversos,

o por imitarlos diversamente.

Pero el arte, que imita sólo con el lenguaje,

carece de nombre, porque nadie se lo ha puesto.

Verso asociado a la condición de poeta;

verso.

Las acciones son siempre esforzadas o de baja calidad;

los hombres son mejores que nosotros,

o peores,

o hasta iguales.

Imitan los hombres desde la niñez, por eso la poesía es natural;

así se diferencian de los demás animales:

nos gusta ver la imagen ejecutada con la mayor fidelidad posible.

La poesía se dividió según los caracteres particulares, nobles y vulgares.

A uno solo le suceden infinidad de cosas,

algunas de las cuales no constituyen ninguna unidad.

Gracias al arte o a la naturaleza,

una sola imitación es imitación

de un solo objeto.

No corresponde al poeta decir lo que ha sucedido,
sino lo que podría suceder.
La poesía es más filosófica y elevada que la historia;
la poesía dice lo general,
la historia lo particular.

El poeta debe ser artífice de las fábulas, más que de versos:
situaciones que inspiran temor y compasión,
que se producen (sobre todo y con más intensidad)
cuando se presentan contra lo esperado
unas a causa de otras.

Personalmente, en efecto, el poeta debe decir muy pocas cosas.

Se debe preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble.
Se ha introducido en el poema una cosa imposible:
se ha cometido un error,
pero está bien
si se alcanza
la finalidad
del arte
propia.

Yerra menos el que ignora que la cierva no tiene cuernos
[que el que la pinta sin ningún parecido.

Lo imposible debe explicarse
o en orden a la poesía,
o a lo que es mejor,
o a la opinión común.
Es preferible lo imposible convincente a lo posible increíble.

Las críticas posibles son cinco, las soluciones doce.

El fin de la imitación se cumple
en menor extensión, pues
lo que está más condensado gusta más que lo diluido en el tiempo.

Baste lo dicho.

FINALISTA

Emilio Herrera

Nació en el barrio de Belgrano en el año 1978. Estudiante de Letras. Desde el año 1999 participó de varias antologías, a través de concursos locales, haciendo su última publicación para la Editorial Dunken en el año 2012.

En el año 2006 publica para Ediciones Baobab, su primer y único libro "Ocho lunas de una noche de Carlos Oquendo", donde presenta una selección de sus heterónimos, homenaje al poeta Fernando Pessoa.

Contacto con el autor: eherrera@hotmail.com

PASTILLITAS

decime cuerpo
por qué sos así
te caes de peso
del peso mosca
al pluma
y te volás
con el viento del sur
el frío te hace mal
pero decime cuerpo
por qué sos así
pequeño y liviano
por qué no son
las azules
sino las flores amarillas
las que te hacen feliz
si odias ese color
decime cuerpo
qué hacer
si no quiero tenerte
y estás conmigo
juntando materia narcótica
como amapolas
en este cuarto
donde sólo se respira
aire de cigarrillos.

PISO FLOTANTE

no hay manera de escapar
de esconderse del miedo
como hacíamos de chicos
cubriéndonos con una sábana

en la tele informan que está lloviendo
que el verano termina mal
con grandes tormentas
trato de seguir escuchando
pero la alarma del auto es más fuerte
se multiplica
como el viento
que rompe los vidrios de las casas
un rayo azul se clava en la antena
la luz de todo el barrio se corta

alguien golpea la puerta
es el agua que ya tiene forma de ola
convierte el espacio
en una habitación flotante
el gato salta sobre la cama
ya estamos nadando,
el nuevo río nos lleva.

FINALISTA

Claudio Linares

Participó en el libro *Animales sin tiempo* de la Sociedad Argentina de Animales y en múltiples revistas de poesía. Ganador primer premio Concurso Internacional de Poesía 2001 Ed. De los 4 vientos. Tercer premio poesía concurso País Cultura de Radio Nacional 2003. Autor de los libros “El Siasgo” años 2001 y “El poder del Agua” años 2005.

Contacto: linarescosta@gmail.com

NAÚFRAGO

Si digo huérfano
aparece el niño descalzo
sentado mirando al suelo y solo.
Si digo náufrago aparece
el hombre barbado y flaco
con cara de loco y solo.
Soy un náufrago huérfano
después de mirar a mi padre yéndose
mar adentro en una frágil balsa
sin remos y con su poca sangre
recorriendo los escasos lugares
iluminados de su mente.

FINALISTA

María Sol Sciascia

Docente de escuela primaria, pianista y recibida en Dibujo y Pintura. Amante de la lectura, los animales y la buena comida. Alguien con muchas ganas de seguir creciendo en el maravilloso arte de escribir poesía.

Contacto con la autora: solbuchi@hotmail.com

LA BOLSA

La bolsa da vueltas
se tuerce
se enoja
se calla la muy tonta.
No encuentra, no entiende
no sabe de espejos.
Se eleva
se inunda.
Se cree
que es hoja
y se vierte en rama
hace nido.
Navega entre plumas
baldosas,
se la lleva el diablo
siente que se la traga el agujero
negro
no soporta el cielo.
A veces piensa que llegará el día
sospecha del sonido de la abeja
seca.
Seca la vena,
la tripa
le duele el viento en la nuca
la ventana abierta.
Vuela, revuela
soplada en caricia
de hielo

en envión que consuela y despelleja
oscila hacia adentro de sus propios muertos
vacía

sucia

se ríe

de niños

de globos

de llantos en cadena

y vicio.

Embrutecida de volatilidad

y sueño

la bolsa de plástico se entrega al caos y,

en el eterno intento de morir,

mata.

FINALISTA

Susana Slednew

Nacida en Provincia de Buenos Aires en 1958, reside en La Pampa. Trabaja en la docencia. Algunos de sus poemas han sido publicados en una plaquette editada por la Subsecretaría de Cultura de La Pampa en 2011; otros en el libro: El Hilo Invisible, antología publicada en 2012 con el Grupo de Poesía Desguace y Pertenencia, con el que comparte encuentros de lectura y revisión poética; otros poemas se encuentran en proceso de publicación, en una nueva obra del mencionado Grupo titulada: Donde el viento. Ha recibido premios en narrativa y poesía, entre ellos, en poesía, del Fondo Nacional de las Artes en 2010 y en 2013.

Contacto con la autora; susana.slednew@gmail.com

LA LAS HORAS PARECEN DE ABRIL

Sensaciones

I
Ahora
en pleno agosto
las horas
parecen
de abril.

II
En las chicharras
todavía se escucha
un poco el sol.

Presente continuo

En mis manos guardo otras
que escriben y abrazan,
como si todo fuera
un presente
continuo

o nada hubiera pasado.

Esa mota

Siempre hay un mito
para explicarlo todo.

No encontré
el que explicara tu ausencia,

ese dolor aferrado como una mancha

ni sé
cómo llega uno a convencerse
que este espacio

con esa mota de tinta que no cede

siga siendo la vida.

Con otro yo

El reflejo
es el que engaña
a los espejos
con otro yo.

FINALISTA

Rodrigo Hugo Tavella

Nació el 8 de marzo de 1991, en la ciudad de Buenos Aires.

Contacto con el autor: rhtavella@yahoo.com

Bestia.

Bestia menguante,
pasaste hambre por no dañar otro animal
y aplastaste cráneos para disfrutar el
desastre.

Cruel castigo merecido la conciencia,
dulce el alivio de reconocer en mí a la
bestia.

Serpentea la antigua escuela, del lodo
aprendo.

No hay vuelta atrás, cuando el rostro en el
charco es horrendo.

Árida.

I

En el hastío, vacío, encuentro paz.
Vi desgarrar hermosura y explotar la
verdad,
nos volvemos napalm,
y en el bosque habita más de lo que soy o
seré.

Esa paz es veneno que destierra mi mente,
lo que quede, será un instrumento de
muerte.

II

Escupo inercia para cambiar.
Acostado en el lodo las orquídeas me hacen
lugar,
es la piel la que pide regresar.
Sentado en mi cuarto huelo el pantano,

el grito de un sapo, las ramas enredando mi
tacto,
el frío endurece mi pelo, un chapoteo a mi
lado,
me jalan del brazo.
Sumergido soy el pantano.

III

El oxígeno es milagroso, cuando no se
vuelve una orden.
Sujetado solo soy intenciones,
se supone que libre me destruiría y al
hombre.
Encuentro libertad sintética en ondas
eléctricas,
escondidas figuras arquitectónicas.
A la vista infinitas líneas rectas,
se burlan, ocultan el horizonte.

IV

Aun cuando mis uñas se resquebrajan,
fui salvaje y no pensé cambiar nada.
Lagrimas secándose al sol
y suspiros.

Plegaria.

I

Luna, tantos círculos trazados, recuerdo tu
esencia.
Sé que estás ahí, no te alejes esta vez.
Necesito tu cobijo, no quiero volver.

II

Tiemblo ante la idea, la inevitable tragedia.
Ya casi está aquí, irónico canto hermoso
presagia la salida.
No son tuyas las criaturas que más te
necesitan,
pero a ti me entrego.

III

Derramado el llanto.

Me has dado tanto,
te contemplo.

Intento ser lo que me haces sentir.



SELECCIONADOS CUENTO

PREMIO ÉDICIÓN

EZEQUIEL PADILLA

MENCIÓN ÚNICA DE HONOR

DANIEL ROGELIO DADANTE

MENCIONES GENERALES

DAMIÁN IGNACIO LOMBARDI

VICENTE EDUARDO MANCINI

GABRIELA MARTÍN

RECOMENDACION DEL JURADO

BEATRIZ BLACKIE

ENRIQUETA NOEMÍ BORRELLO

ESTÉBAN CASAS

MARÍA FERNANDA CASTELL

MARÍA ISABEL COMOTTO

JORGE DIMITROFF

RUBÉN FERNÁNDEZ

MIRYAM DE LOS MILAGROS GALANTE

GERMÁN NORBERTO LÓPEZ

DAMIAN MARSICANO

GUSTAVO FERNANDO REYES

FINALISTAS

ESTEBAN BARBERA

HÉCTOR ÁNGEL BENEDETTI

JORGE BRAULIO GARCIA

GRISelda FURFARO

AMÍLCAR MARTÍNEZ

GRISelda PERROTTA

AGUSTINA ROLDAN

PREMIO ÚNICO - CUENTO



Ezequiel Padilla

Nació en Buenos Aires en 1978.

Es abogado y cumple funciones en el Ministerio Público de la Nación.

Participó en talleres y cursos literarios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea y el Club de Cultura Besares”

Contacto con el autor: ezeqpadilla@yahoo.com.ar

NOSOTRAS

Apenas lo encontramos no supimos qué le había pasado. Una decía que sí, otra que no, y yo no sabía qué pensar. El cuerpo estaba en el piso, severo y rígido, apagado; las palpitaciones eran más. También el ahogo.

Se lo reconocía a medias, la dureza de otros tiempos, sí, pero no su vivacidad. No, su vivacidad no había soportado la fiestecita, fue lo primero que comentamos con una ironía que intentaba tapar el miedo, ni siquiera el primer round, y una sombra cruzó el semblante de Micaela. Le puse lo que dijimos, se defendió ella y bajó la mirada, por ahí un poquito más pero... ¡Pero sabías que estaba enfermo del corazón, imbécil!, le gritamos Nuria y yo, quince mililitros, caía knock out y mañana no se acordaba de nada, ya lo sabías, ¿para qué un poquito más?, y Mica, por las dudas. ¿Las dudas de qué, de que sobreviviera? ¿Vos sos pelotuda? Y no vas a decir también que el whisky se lo diste puro, ¿no? Y otra vez la sombra en la cara de Mica, y Nuria y yo que no sabíamos qué hacer con ella. Ni con él.

El ciento siete, tartamudeaba Mica agarrando el teléfono que Nuria le arrancó de la mano, mientras la perforaba con la mirada, quedate piola que ya bastante quilombo hiciste. No quiero ir en cana, pensaba yo, mientras Nuria colgaba el teléfono y se paseaba por el cuarto, de un lado a otro, frotando con dos dedos un mechón que le caía de la frente, alzando el pie cada vez que tenía que sortear el obstáculo irrevocable, ese cráter definitivo que parecía burlarse desde el piso, desde ultratumba.

Un silencio largo, hiriente, hasta ¡qué lindo que la estaba pasando, chicas...!, confesó Nuria masticando pesadumbre, rencor y un naufragio compartido; era un recreo agradable, ¿no?, las tres, como siempre, fumando en el patio hasta que el viejo se durmiera, soñara con sus pajereadas y mañana se sintiera un padrillo. Pero el rencor la superó y hoy tenía que

tocarte a vos, Micaela, prepararle el trago, y tuviste que ser tan pelotuda, Micaela.

El cuerpo, de tan inmóvil, parecía un mueble más, una escultura vanguardista y de mal gusto; el brazo derecho estaba extendido, la mano era una garra, se había meado encima. Las tres lo mirábamos, Mica confundida, yo desesperada y Nuria que seguía masticando, respiraba hondo, dieciséis años al pedo, boluda, no te entiendo, dijo mordiendo las palabras, y Mica que no se bancaba más esta mierda, con su mirada errante, intentando esquivar el mundo. Estamos en la misma y vos la mayor, y no te la bancás y la puta que te parió, gritaba Nuria y casi se iban a las manos. Pensé en un sepulcro. Mamá, pensé.

Discusiones y carajos, y nos pasamos de rosca, y no era la idea, y estamos juntas y el hijo de puta se la buscó. Sí, se la buscó pero, a decir verdad, ninguna pensaba en él, ni siquiera por revancha. Cada una, a su manera, pensaba en nosotras.

No quiero ir en cana, volví a pensar, y esta vez lo grité. Nadie va a ir en cana, aseguró Nuria desde un infierno de hie-lo; lo llevaba en la sangre. Tenemos que hacerlo, lo hacemos las tres, quería Mica, pero Nuria organizaba y dos tenían que ocuparse de limpiar este quilombo, y una lo tiene que hacer, que lo haga Mica que se mandó la cagada, me temblaban las palabras. Y Nuria que no, que, por más pelotuda que hubiera sido Mica, las tres éramos iguales, las tres éramos una, desde que mamá...

Y otra vez el sí y otra vez el no, hasta que sí lo hacemos, hay que hacerlo, no queda otra, policía y la mierda que lo parió, que las culpables vamos a ser nosotras, y otra vez estábamos en el patio, y la tierra estaba húmeda, e iba a ser fácil, y alguien tenía que hacerlo. Echamos suertes y Nuria el palito más largo, Mica el intermedio y yo... Yo tuve que enterrar a papá.

MENCIÓN ÚNICA DE HONOR- CUENTO

Daniel Rogelio Dadante



Nació en esta capital, una tarde de mayo de 1959.

Cursó la Licenciatura en Relaciones Laborales, en la Universidad de Buenos Aires y la Licenciatura en Ciencia Política, en la Universidad del Salvador. Buscando un nuevo camino de expresión, comenzó a escribir a los cincuenta años. Concurrió a distintos talleres de escritura. Actualmente asiste al taller de Narrativa, de Vicente Batistta, al de Novela: teoría y práctica del relato, de Mario Goloboff y al taller de Creatividad: de la palabra a la imagen, de Paula Mugica Láinez.

Ha participado en varios concursos nacionales e internacionales, en virtud de lo cual, por haber sido seleccionados o premiados, le han publicado los siguientes cuentos: Tarde de Mayo, Entre el cielo y la flauta, Estación Olvido Sur, Irremediable, La Soledad y Derrumbe. En el año 2013, su microrrelato Confesión, fue seleccionado como finalista del III Concurso de Microrrelatos del Museo de la Lengua y la Palabra de Madrid - España.

Desde el año 2010, edita su blog Intramundo.

Actualmente trabaja en la escritura de su novela "PEQUE".

Contacto con el autor: drdadante@gmail.com

LA PAVA

Está ahí sentada, encorvada y balanceándose con los brazos colgando como extremidades muertas, mirando la nada con sus ojos de hinojo y la boca abierta, de la que cae un hilo de baba por la comisura izquierda. Junto a la puerta un grupo de muchachos la observa, mientras uno de ellos dice: Es la sexta vez que la traigo a La Pava. Sobrepasa los doscientos metros de la casa y se pierde, no sabe volver, y la encuentro deambulando por las calles de tierra, con la cabeza gacha, de costado, sostenida por la palma de su mano como si no pudiera el cuello hacerse cargo de esa pobre cabeza, mientras la baba le humedece el puño del vestido formando lentamente una aureola en todo el antebrazo. Sólo ella sabe en qué mundo está, pero, por suerte es dócil, me acerco y la saludo ¡Hola Pava! ¿Querés venir conmigo a esperar que venga a buscarte tu papá? y simplemente, sin decir una palabra, extiende su mano para que se la tome y la traigo aquí, al bar, a esperar.

Tal vez en otra familia las posibilidades hubieran sido diferentes. El padre es una bestia, un violento. Cada una de sus hijas, en cuanto pudieron, terminaron huyendo de los malos tratos y de sus cintazos. Sólo le quedó La Pava que, curiosamente, y según se rumorea en el pueblo, no era pava. Quedó así, cuando de pequeña encontró a su madre colgando de una viga, con la lonja de cuero crudo enroscada al cuello. Esa misma lonja que gozaba exhibiendo su crueldad, pendiendo de un clavo al lado de la puerta y que él utilizaba regularmente para golpear a las mujeres de la casa, manteniendo así el orden familiar.

Quién sabe, a lo mejor con un tratamiento hubiera salido adelante o por ahí, su cabeza ya no tenía remedio y se convirtió en La Pava para el resto de su vida.

Ahora es un viejo acabado y enfermo y, además, amenazado. Me encargué perfectamente de que supiera que si le ponía una mano encima se las iba a ver personalmente conmigo y, como todo violento con las mujeres, es un cagón.

Si volviera al pueblo alguna de las hermanas de La Pava, pienso, pero, eso es casi una ilusión. Sólo Dios sabe por dónde andarán paveando o pavoneándose, mientras La Pava sigue sentada acá, con los brazos colgando a los lados de su pobre cuerpo como brazos de marioneta a la que le han cortado los hilos, sus ojos de hinojo hervido, vaciados de coherencia, y una extraña sonrisa de costado, por la que va cayendo una baba espesa que forma un charquito en medio de sus pies.

MENCIÓN GENERAL

Damián Ignacio Lombardi

Profesor de Historia, graduado en el año 2013 en la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Actualmente se desempeña como profesor en la Provincia de Buenos Aires donde también asiste a distintos talleres literarios desde el 2012.

-Finalista del VI Certámen Nacional de Poesía y Cuento breve de Ediciones Ruinas Circulares(2013) con el cuento “Miles de noches y tan solo un crimen”, el cual forma parte de la VI antología de dicha editorial.

Contacto con el autor: dlombardii@hotmail.com

ROMPECABEZAS INCOMPLETO

En la noche, cuándo sólo escucho el viento y el rugido del mar, o cuándo estoy navegando con mi amiga la marea en el océano, o cuándo debo mirar el cielo por obligación, puedo hacer solo una cosa, pensar. Y pienso, lo que si tuviera un papel escribiría.

Ella llora todos los segundos domingos de cada mes. Creo que le gusta, un poco, sino no se explica. Por eso cuando viene a visitarme y la veo parada ahí, quietita, en ese lugar en el que me arrojó por última vez desde un pequeño jarrón de flores decimonónico, prefiero recordarla con su antiguo rostro. Plano, sin ningún rasgo que delate emoción alguna, sin lágrimas en los ojos, tampoco risas. Plano, como cuando me levantaba en las madrugadas frías de invierno y la veía dormir con su cabello encimado levemente sobre su cara angelical. Blanco, como el algodón de su viejo camisón deshilachado. La tomaba de su brazo, y como si fuera una almohada zambullía mi cabeza en el arco de su hombro. Y ahí me quedaba, me sentía a salvo. Ella era la que al dormir de corrido

se encargaba de despertarme a las seis, hora en la que partía hacia el trabajo. Ambos, ella también trabajaba, y lo sigue haciendo; es actriz en una obra de teatro para niños justo acá en el muelle, que siempre veo cuando el viento cómplice me ayuda y me alcanza hasta allá. Lo malo es que el viento tiene sus días y en ocasiones, rebelde, me arroja contra los médanos, amontonándome contra el resto de la basura que trae el mar. Ahí es cuando me doy cuenta que a pesar de que el tiempo no transcurra sigo siendo frágil y que la mayoría de las cosas que suceden no dependen de mí.

A veces se complica, porque es difícil encontrarle la vuelta al ver en ochocientas direcciones. Lo que hace Julián, el guardavida que en vez de vigilar las aguas se dedica a coquetear con las cuarentonas solteras. O si no el dúo trágico-cómico de Oscar y Juliana, que se hacen presente todos los atardeceres en un sinfín paradójico de discusiones eternas y abrazos fugaces. Otra parte de mí solo desea que ella venga a visitarme, encuentro algún recoveco en la arena y la espero. Es difícil escaparle al mar, pero también es mi amigo. A un pedacito de mí lo está llevando cerca de Malvina y Soledad, un lugar más al sur, del que tanto escuche en vida y al que tanto anhelo llegar en los próximos días.

No sé por qué llora, creo que me extraña un poco. Ella no sabe que la veo en todos los ángulos posibles. En ocasiones un grano de arena me estorba y compite por un lugar privilegiado pero siempre gano, tengo alma y además soborno al viento. Es que a veces le cuento historias que aprendí en vida y ahí se queda, calmo, atento. Mi momento preferido es cuando una ráfaga violenta levanta a una parte de mí por el aire y la veo desde arriba. Su cabello dorado con minúsculos bucles por la humedad del verano, sus piernas largas, que hacen que sus pechos solo sean un pequeño adorno.

Todos los segundos domingos de cada mes viene a verme. Pero ella no me ve, yo sí. Cuando puedo la acompaño hasta la costanera, justo luego de que se despide tira una rosa en

la orilla y espera que la primera ola se la lleve hacia dentro. Tengo que hacer mucha fuerza para que el mar no me lleve a mí también. Ella se aleja de a poco y su espalda se pierde entre tan vasto horizonte. Su vida continúa a la mañana siguiente, se extiende por la tarde y tambalea por la noche, y entre tanta incertidumbre se encuentra nuevamente con su hermosa sonrisa en la madrugada. Pero cuando viene a la playa, cada segundo domingo del mes, hace diez años, llora, y ella no sabe que la veo. Me camufló bien entre la arena, parece.

El mundo me aprecia, pienso, porque aún me conserva. Pero le reprocho, le reprocho acerca de la injusticia que cometió, porque no logro entender cómo es que siendo la naturaleza tan sabia, no supo que esa mujer, que llora todos los segundos domingos de cada mes, también era una parte de mí.

MENCIÓN GENERAL

Vicente Eduardo Mancini

Estudios completos de Psicología Social en la Escuela de Enrique Pichon Riviere. Curso completo de Psicodrama con Adriana Piterbarg. Taller literario con Isidoro Blaisten. Taller de dramaturgia con Ricardo Monti. Taller de teatro con Ricardo Pasano.

Contacto con el autor: vicenteeduardomancini@gmail.com

YO YA NO TENGO NADA QUE VER CON ESOS TIPOS

¿Sabe porqué estoy contento, Castro? Porque en la vida cada uno tiene lo que se merece. Que quiere que le diga. Mire que yo la yugué antes de estar acá, eh. ¡Y qué le parece! Catorce años viajé desde Moreno hasta Once. De ida y de vuelta. Todos los santos días. Cuando mi mujer quería salir los domingos para ir a mirar vidrieras al centro, me la quería comer cruda. Lo que son las vueltas de la vida, ¿no? Ahora hago el mismo viaje. Tiene razón. Pero así es otra cosa. ¡Qué le parece! Es como estar del otro lado del mostrador. A usted, en su época, le habrá pasado lo mismo. Yo ya no tengo nada que ver con esos tipos. ¡Porque son una manga de ignorantes! Por eso me caliento. Yo los conozco muy bien. ¿Usted cree que les importa algo a esos? No, viejo. Esa es la diferencia entre yo y ellos. Claro que sí. Viajan así porque quieren. Porque son unos mugrientos. Sí. Sí. Se puede progresar. Claro que se puede. Antes yo también era igual. O casi igual a ellos. Pero yo pude... ¿Cómo decirle? Ahí está. Me lo sacó de la boca. Un día dije basta y fue basta. Me pasé para este lado. Mire, le soy franco, yo creo que el destino está escrito. Vea, a mí, antes, no había quien me aguantara el mal aliento. No le exagero. Tenían un olor a podrido que ni yo me bancaba. ¿Y sabe porqué? No, Castro. Ma que piorrea. Por la mala sangre que me hacía. ¿Cómo que tiene que ver? Descompone el hígado. Y todo porque venía hecho pelota del viaje. Destrozado. ¿Usted puede creerme que yo antes ni a la cancha tenía ganas de ir? No, se lo juro. Estaba obsesionado

con el viaje. Cada vez que me acuerdo me agarra una bronca. Que ni me hablaran de viajar porque explotaba. Pero por suerte todo cambió, ahora soy otra persona. ¡Pero me quemé las pestañas, eh! ¡Guarda! ¡Qué le parece! ¿Le queda clara, Castro? Soy de esas personas que no se conforman con cualquier cosa. Como usted, que aunque esté jubilado siempre se da una vuel-tita para no borrarse del todo. Fíjese, por darle un ejemplo no-más, yo estudiaba en el mismo tren. Iba leyendo desde Moreno hasta Once y al revés. Ojo, parece fácil, pero hay que estar. Casi sin luz, parado y siempre hecho un sanguche. Me acuerdo que miraba de reojo a los otros pasajeros y pensaba. Bueno, ahora no me acuerdo qué pensaba porque yo iba leyendo. Además el estudio me lo había tomado muy en serio. Pero mire, Castro, me acuerdo de un día en especial que me gustaría contarle. To-dos los días eran un infierno en esa época. Pero esa vez fue la peor. Y si no me equivoco fue gracias a eso que me decidí a ir a ver a mi tío. Y le aclaro que a mí no me gusta andar pidiendo esa clase de favores. Cuando lo vi le dije: “¡No aguanto más tío! Deme una mano. Viajar en el tren me está matando” Yo sabía que él estaba bien relacionado. Y dicho y hecho. Al mes me llamaron y acá estoy. Bueno, pero me fui de lo que le estaba diciendo. Ese día reventé, Castro. Tenía que estar a una hora exacta en el centro. Viajando desde Moreno nunca se sabe lo que puede pasar más adelante. Así que salí de casa tempranito. Me acuerdo que era un día hermoso. No hago cinco cuadras, Castro, que se larga a llover con todo. ¿Puede creerme? ¿Y sabe cómo iba empilchado? ¿Usted fue al velorio del Cabezón? ¿Se acuerda del traje claro que yo tenía puesto? Si, ahora no reímos, pero aquella vuelta... Vea, se la hago corta. Me embarré hasta la cabeza. Llego a la estación y los trenes, condicional. Casi no entrabamos en el andén. Al final llega uno. ¿Sabe lo que pasó después de que todos habíamos subido? Ni más ni menos. Lo suspendieron y anunciaron que teníamos que subir al de la otra plataforma. Mire, Castro, una cosa es vivirlo y otra es con-tarlo. Me arrastraron hasta enfrente y me estamparon contra el

respaldo de los asientos, justo aquí, en los riñones. Había quedado en el aire como un paralítico sin silla de ruedas. Tenía un morocho de labios gruesos y barba de cinco días tan cerca mío que, me acuerdo patente, después anduve con torticollis una semana porque si no torcía la trucha para algún costado no me quedaba otra que besarlo en la boca. De atrás me llegaba el aliento de una boliviana que se había desayunado con ajo y cebolla y estaba dele estornudarme sobre la nuca. Nada. No hice nada. ¿Qué iba a hacer? Si no me podía mover. Me quedé en el molde. Tras que ya llegaba tarde se quedó parado como media hora entre Floresta y Flores. Pasaron el vendedor de diarios, el de cuchillos brasileños, el de los peines Mascardi, el de agujas inoxidables, el pibe de los bocaditos Holanda, el ciego mangue-ro. Todos, Castro, todos me pasaron por encima. El que no me pisó, me metió un codazo en el estómago. Después cuando el tren llegó a Once, empezó como siempre el partido de rugby ente los que queríamos bajar y los que querían subir. ¿Se da cuenta por qué ahora pienso así? Porque soy un tipo que se superó, porque tuve la voluntad de hacer el curso y estudiar, sino ahora, en lugar de ser el conductor, y llevar y traer a esta manga de infelices, estaría viajando en algún roñoso vagón, como un pasajero cualquiera.

MENCIÓN GENERAL

Gabriela Martín

Estudiante de profesorado en lengua y literatura en el IES N°1 Dra. Alicia Moreau de Justo.

Contacto con la autora: gabriela_mar27@hotmail.com

DUERMEVELA

El único impedimento para alcanzar la entrada era la maleza que había crecido descomunadamente. Salvo, en el lugar donde aun se podía adivinar que se acostaba la bestia, el temible dragón del que solo quedaban como recuerdo algunas escamas desparramadas por el suelo. ¿Quién sabe en qué momento se había marchado? cansado de ser el custodio de un umbral al que nadie le interesaba traspasar.

Le costó abrir la puerta, pero aun así, ésta no rechinó sobre sus goznes. No se escuchaba ningún sonido dentro de la torre, parecía que hasta los fantasmas la habían abandonado. Lo envolvió una oscuridad densa, palpable, que lo hacía sentir caminando bajo el agua.

Subió las escaleras, acompañado por la sombra danzante que dibujaba su antorcha sobre las antiguas piedras. Con repulsión, aparto las telarañas que se le pegaban al cuerpo y que habían sido hace tiempo abandonadas por sus dueñas. Los escalones, que se elevaban hacia la única habitación, estaban tan cubiertos de musgo que el mármol blanco ya no se distinguía.

El ascenso se le hizo eterno. La quietud y el silencio de ese lugar le daban escalofríos, tanta ausencia de vida se parecía demasiado a la muerte. Al fin, llegó al último peldaño y traspasó el arco que había en lugar de puerta. La habitación tiempo atrás había sido hermosa, pero ahora todo era gris y

sin forma. Los cortinados desteñidos, las alfombras raídas, y en los jarrones, descansaban ennegrecidos y cabizbajos esqueletos. La vegetación, a través de los años, se había abierto paso entre las grietas de las paredes y la capa espesa de polvo que cubría todo materializaba al olvido.

Un rayo de luna, que se filtraba por un ventanal e iluminaba el entorno tenuemente, le señaló hacia donde encaminar sus pasos. Allí, en un rico lecho, sobre finísimo y apolillado edredón, ella dormía. La admiró con curiosidad, su respiración era acompasada y tranquila, en sus labios se adivinaba una sonrisa, sus cabellos revueltos yacían graciosamente sobre la almohada, su sola presencia le transmitía paz. Deseó conocer sus pensamientos, poder contemplar sus sueños. Podía adivinar que su voz debía ser suave, sus modos delicados, su carácter amable. Se sintió inspirado, capaz de retratarla, de escribirle los más hermosos poemas e incluso de amarla. En su boca, en la boca de ella, se escondía la promesa de amor y de entrega que cambiaría solo por un beso.

Su halo de inocencia lo enterneció e hizo crecer en su pecho el deseo de poseerla, de hacerla suya aunque fuera un instante, hasta que la traición y el desamor la llenaran de amargura y borrarán el gesto de dulzura de su rostro. Entonces, sería igual que cualquier otra y su fin el mismo de Ariadna .

Se acercó tanto a ella que pudo sentir su aliento cálido en la piel, el aliento que escapaba de esos labios que tanto lo esperaron. Dudo un instante y se detuvo, se alejó de su boca y murmuró en su oído: -Duerme, bella, no hay lugar para vos en este mundo sin amor.

En ese instante, la vegetación comenzó a crecer rápidamente, trepó por las paredes, cubrió el techo de la alcoba, ascendió por la cama, alcanzó sus piernas, rodeó su cintura, cubrió su pecho dormido y se trenzó entre sus cabellos.

Él corrió escaleras abajo, las plantas iban cerrando el espacio a sus espaldas. Casi sin aliento, llegó a traspasar la puerta de la entrada que se cerró detrás de él. Y la torre donde ella dormiría para siempre, camuflada por el bosque quedó sepultada. Donde ella dormiría sí, con ese sueño ligero en el que se escucha y se siente todo lo que sucede alrededor. Así, como lo había escuchado subiendo las escaleras; como había sentido su respiración tan próxima a su boca, la promesa de amor otra vez renovada y perdida; como lo había sentido desconcertada alejarse, antes de rogarle a las plantas que la cubrieran para no volver a sentir ese desgarró; esperando que el tiempo mezclara sus recuerdos y llegara el día en el que no pudiera distinguir qué había sido real y qué sueño.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Beatriz Blackie

Nació en la ciudad de Santa Fe, y actualmente vive en Córdoba. Bibliotecaria. Publicó plaquetas, y en antologías de poesías. Contacto con la autora: blackbeth_m@hotmail.com

UN PASO EN FALSO

Sin encender las luces, abrí la puerta del cuarto, y me sentí, como siempre, golpeado por el vaho a humedad. Y enseguida el olor pastoso de la sangre. “Andrés”, dije, o quizá sólo lo pensé. Cuando mis ojos se acostumbraron a la poca luz que llegaba desde la claraboya, pude ver un bulto en el suelo, contra la pared.

Respiraba con dificultad, seguía sangrando.

“Qué pasó” pero no lo pregunté, él ya no podía contestar, ni siquiera comprender lo que yo decía, ni siquiera ya recordar.

Por el pasillo, por los otros cuartos, seguía sintiendo ese olor. También lo sentí afuera, en medio de la noche, caminando hacia no sabía dónde. Ahora todo mal, hacia dónde ir, qué hacer.

Serenarse. Parar. Pensar. Él había dicho una vez si me pasa algo avisale al Colorado. Pero de eso hacía tanto tiempo, casi cuando recién nos conocíamos; quién iba a pensar que podía pasar algo ahora, cuando ya todo parecía olvidado. Y dónde andaría el Colorado, quién podía saber algo de él. Claro, a lo mejor en ese bar, al que fuimos algunas veces el verano pasado. Estaba a media cuadra de la avenida, o cuadra y media...; no importa, lo voy a encontrar. La última vez que estuvimos ahí con Andrés, él ya casi no conocía a nadie. Los tipos que se juntaban ahora venían de otro barrio, y tenían tratos muy diferentes. Muy pocos le hablaban, además de los que atendían el local. Me parece que Andrés ya no quería volver ahí.

A veces tengo la impresión de que me están siguiendo, doy vueltas, voy y vuelvo sobre mis pasos. Pero quién va a seguirme, yo qué tengo que ver. Es verdad que tuve una relación con

Andrés, pero nunca supe bien en qué cosas andaba, no me contaba, apenas conocía a alguno de sus amigos. Pero sabía que estaba amenazado, que algunas veces permanecía escondido por largos períodos, que lo venían persiguiendo. Bueno, nunca creí del todo esas historias, pensaba que él exageraba para impresionarme. Igual nunca me contó demasiado.

Llegando al bar, veo que las luces están semiapagadas, y que casi no hay autos estacionados. Pero está abierto. No se distingue muy bien quienes son los que están. Creo que el que está detrás de la barra era conocido de Andrés. Aunque me mira con desconfianza, me animo a sentarme y pedir una cerveza. Después de algún comentario, vagas frases que no dicen nada, pregunto si no sabe algo del Colorado. Se sorprende un poco, pero finge no saber de quién hablo. Finge. Como fingía Andrés tantas veces.

Los tipos de la mesa que está contra la pared me miran raro. Mejor no pregunto más, total para qué. A la casa no voy a volver. Mejor me voy a la terminal, y me tomo el primer colectivo al pueblo. Otra vez, como si nada de esto hubiera pasado. Como si nunca hubiese conocido a Andrés.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Enriqueta Noemí Borrello

Profesora de Lengua y Literatura Italiana. Técnica Universitaria en Gestión Cultural.

Inspectora de Educación Primaria (jubilada) Coordinadora de rondas literarias y de actividades de animación a la lectura. Escribe narrativa, recibió cinco primeros premios, un segundo y cuatro terceros en certámenes locales y nacionales. Sus cuentos figuran en dieciocho antologías. Se dedica especialmente a la microficción.

Contacto con la autora: noekechy@yahoo.com.ar

CONTRA LA PARED

-Tengo que encontrarme -se dijo- desarmaré mi alma dejando las vísceras expuestas.

Las imágenes fluyen. Sí, ahí está la escuela y éstos son su padre, su madre y aquella figura alta de cabellos blancos, la abuela. Y el caserón de Belgrano y la calesita y también el piano. Niños y juguetes. Otras personas y en primer plano la muchacha rubia, con un aura inquietante.

Hola Juan, hacía mucho que te esperaba. No creo que tanto, un poco no más. Alguna vez reconocerás tus faltas. Sí, cuando sepa quién soy.

Por qué recuerda ese diálogo en lugar de los días de ternura y pasión, los paseos interminables por Plaza Francia o los días de calor en la Costanera.

Los colores. El verde, el azul y el marrón.

Y ahora el fondo, con un cielo diáfano y montañas salpicadas de blanco. El paisaje inconfundible de Los Penitentes en Mendoza.

Te vas, Juan. No quiero vivir en la espera.

El reclamo resuena reciente, está viendo su vida en pocos minutos, como en una película. Es un espectador con los ojos desgarbados y los sueños astillados, derrotado por los goznes de la vida cotidiana.

Otra vez el verde, pero diferente. Un cañón, cascos abandonados y un lugar desolado, frío. Malvinas. El grupo de compañeros grita: "y ahora ¿qué?". Se da vuelta. Nadie. Nada. La memoria acribillada.

El granate, el bermellón y el carmín. El rojo con todos los matices de la furia.

Un edificio asoma. La oficina, rutina sorda y amarilla. Aquí conoció a Isabel. Cinco años de convivencia, innumerables problemas, un despido y otro fracaso.

Juan, vamos a prescindir de sus servicios. Creo haber cumplido con los horarios y con el trabajo. La empresa está en plan de reducción de personal. Me parece que les di muchos años. Exactamente doce, debe pasar por la oficina de legales.

Algunas grietas, pequeñas, casi imperceptibles.

Blanco. Blanco de quirófano. Sábanas de hospital, blancas, y una ventana por donde mirar hacia afuera.

Se puede ir, le damos el alta, va a tener que cuidarse mucho, lo quiero ver en una semana.

Las fronteras diluidas de un mar, la playa y un bote como asombrado por el anclaje de los sueños. El turquesa, el verde melancolía, y un castaño espumoso. Pinceladas de violeta. Unos amigos. La cabaña. Álamos muy altos empinan sus ramas para beber las nubes. Pájaros, manchitas esparcidas en un fondo gris acero. El vuelo. La eterna fuga queriendo acorrallar las llagas.

Otras grietas. Más verde, verde desolación. Ése de Malvinas. Y más rojo, rojo de heridas.

Hace años lo preocupaban al máximo las gamas cromáticas. Buscaba la tonalidad exacta. Hoy ve sólo el color del silencio y de la soledad. Silabeó su vida en el intento de esconder el dolor de la verdad. La obra no se vende ni se compra. Demoró tres años en plasmar en el mural la historia de su vida.

Palpa la pared. Tantea la grieta más grande, es la última. En una ceremonia desesperada entra en ella, penetra lentamente. Desaparece. Se pierde para encontrarse.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Esteban Casas

Profesor de Geografía

Contacto con el autor: estebancasas@gmail.com

VENDEDOR DE ILUSIONES

El viejo tren 306, mejor conocido como “El carreta”, partió a las 10:25hs de Mar del Plata con destino a Plaza Constitución parando en todas las estaciones intermedias. Insólitamente su salida fue puntual. Mucho más extraña resultó la exactitud con la que arribó a la Estación Viborata; 11:05hs marcaba el reloj del Jefe de la Estación. Todo parecía transcurrir con normalidad, el silbato y las señas del guarda avalaron la continuidad del convoy cuando un viejo linyera subió al furgón de cola.

El guarda lo visualizó desde los primeros vagones del tren y fue tras su búsqueda con la firme intención de bajarlo en la próxima estación. Sin embargo, no habían transcurrido un par de kilómetros cuando el tren clavó sus frenos sin causa manifiesta. El guardia, olvidóse momentáneamente del vagabundo, fue tras el desperfecto de la máquina.

A todo esto, se escuchó en uno de los coches de clase turista con una voz como castigada por el paso del tiempo... “Sigo entregando damas y caballeros un ilusionador útil, práctico y necesario tanto para la cartera de la dama como para el bolsillo del caballero y por qué no?! para el hogar... Capaz de proveerles el coraje necesario para hacer lo que tienen que hacer y no lo que otros quieren que hagan... El mismo cuenta con un dispositivo que les ayudará a expresar lo que realmente sienten sin guardarse nada adentro; aún en las situaciones más

adversas. Además, le permitirá trabajar menos obteniendo los mismos o mejores resultados. Este creativo invento trasciende lo laboral puesto que le permitirá volver a tener más contactos con sus amigos y afectos queridos. Sin lugar a dudas, señoras y señores, con este ilusionador sus anhelos de felicidad se harán realidad. Lo están llevando solo por hoy, directamente de fábrica, por la módica suma de dos pesitos nada más. Son las últimas unidades disponibles, y como si esto fuese poco, también por el mismo precio, están llevando de regalo el manual de uso de este novedoso invento.”

Sin interesados entre los pasajeros presentes, quizás por el cansancio propio del trajinar del veraneo, el vendedor de ilusiones descendió del tren en la inmensidad de la pampa.

La única señora algo curiosa que le prestó atención le preguntó a su marido... Que vendía ese tipo? Este, sin levantar la vista de su diario le contestó...Que se yo!... chucherías!

El tren recupero su normal circulación y continuó con su destino. El ferroviario desistió en la búsqueda del croto.

Un anciano le murmuró con melancolía a su nietito que dormía en su falda... “cincuenta años viajando en este tren. La primera vez que lo vi era un nene. De chiquito me contaban las extrañas apariciones de este viejo que en el medio de la nada vendía ilusiones sin éxito. Creo que de haberle comprado una tiempo atrás mi vida hubiese sido distinta; que tarado...por pijotear dos pesos...”

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

María Fernanda Castell

Nació en Coronel Dorrego en 1965. Es antropóloga social y coordina talleres de creatividad. Publico: “En el Abras”, por editorial Siesta, 2004 y “Peces de Agua”, editorial Tema. Portugal Edición bilingüe, 2004 “La construcción de lo desagradable” editorial Vela al viento. Libros Fractales, 2014. Comodoro Rivadavia. De la migración , Tropic Sur, 2014 y Una novela: La pena de A. Editorial Expreso Nova , Buenos Aires 2014. Vive y trabaja en La Plata. Algunas distinciones como La fundacion Octubre 2 premio y el Gines de Poesía 2 premio , 2001.

Contacto con la autora: fernanda_castell@yahoo.com.ar

MENTIMONIO

Cítrica. Bella. Bella la forma. Todavía optás por el encaje y las puntillas. Te gusta lo bello. Tenés un gusto tan bueno para todo un ojo tan ojo para todo. De todo hacés un detalle elegante. Quién sabe cuán lejos hubieras llegado si te hubieran visto sin miopía. O hubieras corregido tu miopía. Así y todo, aprendiste a leer a los cuatro años. Dicen que pelabas una mandarina y ordenabas los gajos en hilera. Una grande podía tener seis gajos. Tres o cuatro páginas cada doce gajos. Como todas, soñaste con un príncipe. Para qué innovar. Si la salida estaba escrita en los libritos que devorabas con las mandarinas. *Papaíto piernas largas*, tu favorito. La huida por el camino de la seducción y la promesa de amor eterno que convierte a los sapos en príncipes y con el tiempo a las doncellas en brujas. El matrimonio debería haberse llamado “mentimONIO”: *mentime que te pongo un moño. O poneme el moño que estoy de regalo.*

*

-Con un juego de cubiertos. Casa prestada de puerta verde pintada al aceite. Galería con hamaca. Llegaron los hijos y el hechizo, el hechizo se rompió. -Anda a la hamaca de la galería. -Triciclo en la galería. Fraseo de vientos que llegan o quedaron atrapados en el oído medio. Ahí donde también una vieja barría la vereda y hacía un ruido sostenido. La vieja era como una abuela. La referencia de abuela es la abuela de uno. Morocha pelo corto entrecano. Medias de muselina, calzado de lona cuadrillé. Sin taco. Las abuelas eran trabajadoras. Huérfanas de toda protección casadas tempranamente con alguien un poco grosero, un poco violento, un poco callado y muy macho.

*

La niña rizada leía en la mesa de cemento con patas de hierro debajo de la parra. No se reconocía en ese entorno. Supongo, experimentó cierta extranjería: yo no soy parte de esto. Cuando uno se siente por fuera de algo, genera una insularidad ontológica. La campana de vidrio. La frialdad de las estatuas. El silencio en el medio de una gran multitud. Crecer es cuestión de fe. La fe es un camino. Acaso, un tipo de inteligencia que no tiene que ver con el pensar.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

María Isabel Comotto

Socióloga, psicóloga social, concurrencia a talleres literarios, actualmente en Pinamar con Cristina Danielle.

Contacto con la autora: mariselcomotto@gmail.com

INDICIOS DE CELIA GALBIATTI

En memoria de la compañera que pudo haber caído
en los basurales de José León Suarez

Celia Galbiatti recordó de pronto una mañana, cerca de las ocho, cuando iba con sus compañeras de sexto grado, en el micro del colegio, a pasar un día a la quinta de retiro de las monjas en José Mármol. Estaban pasando por el puente Avellaneda, sobre el Riachuelo, con el consecuente olor que emana de sus aguas, cuando la madre María Pura, sacó un perfumero y empezó a rociar con agua de colonia a las educandas para mitigara el mal olor. Fue un gesto tan ingenuo, tan infantil, que desató el deseo inmediato de Celia de quedarse con el perfumero: formato de Virgen de Luján, corona dorada y túnica celeste. El líquido que contenía le daba una luz radiante a los colores. Celia Galbiatti en un descuido de la monja se lo escamoteó. La culpa la acompañó por años, a tal punto que, con seguridad, recordó el hecho, el día en que enfrentó un pelotón de fusilamiento. ¿Qué la llevaría a retrotraerse a esos años, donde el único problema era ser una niña, más o menos gorda, muy alta, la menor de la familia y ladrona de perfumeros?

Retumbaron en sus oídos las órdenes pertinentes para el acto que se llevaría a cabo, Celia pensó en la madre María Pura, y se desplomó sobre la tierra árida del descampado a donde la habían llevado para ajusticiarla.

Los que no se mueren quedan así, sin saber que pasa después, como con la boca abierta esperando el trago de agua que no llega, nunca.

Frugal Espósito presenció, encaramado en la montaña de basura, de lejos, el acto. Estaba sediento. Una vez concluido, bajó tranquilo, los ojos secos, llevó el puño al corazón, se desembarazó de unas basuras que le se le pegaron al pantalón y tomó el colectivo. Se fijó que en el lugar había un tacho grande, desfondado, marrón herrumbre. Lo guardó en la retina, aun no sabía por qué.

Mucho tiempo después, cuando otra clase de impunidad reinaba en el País, una impunidad nueva, la del capitalismo más puro y descarado, el financiero, Frugal Espósito recordó a Celia Galbiatti. Pensó que era una buena época para tratar de hacer algo en su memoria, buscar justicia para ella.

Era cierto que en los días que corrían, todo aquello que tuviera que ver con la Dictadura del 76, era atendido. Frugal Espósito tenía su propia interpretación de los hechos, no le cerraban el uso y el abuso que hacían de ese pedazo de historia, de la politización de la causa, pero aprovecharía el momento. Volvió a la zona sin saber qué buscar, con una idea fija: encontrar algo de Celia Galbiatti. Se lo debía.

Tomó el colectivo, se bajó en el mismo lugar, lo identificó por el tacho grande, desfondado, marrón herrumbre, semienterrado, las topadoras lo olvidaron allí y no molestó a nadie, cubierto a medias por los agapantos con que los paisajistas habían bordeado la ruta que daría acceso al nuevo country, que se emplazaría en esas tierras ganadas al basural a cielo abierto. Unas superficies aradas, perfectas, prolijas, lomadas suaves, pastos verdes, apenas brotados, hileras de pinos marcando los cercos.

Frugal Espósito recorrió esos campos, calculó que alguna de esas lomadas sería la suya, desde donde contempló, ajeno de sí mismo, el fusilamiento. La mirada turbia de recuerdos, de horrores, desesperanzada de encontrar algo; Inútil, se dijo, acá no quedó nada, borrarón todo con prolijidad, con método, conociendo lo que hacían. Se refugió de la lluvia que caía bajo un pino, allí se estuvo, con el puño sobre el corazón,

en memoria de Celia Galbiatti, ni siquiera con fuerza para secar las gotas de lluvia que corrían por su cara. Estaba tan solo. Cuando giró para volverse lo vio. Semienterrado, casi cubierto de pasto, el perfumero asomaba.

No pudieron, gritó, por más que quisieron borrarlo no pudieron, acá está. Estaba, con la pintura a girones, algo quedaba del celeste y dorado radiantes, la forma persistía. La Virgen de Luján tendría algo que ver con esto, pensó, por algo Celia se aferró al perfumero cuando fue a la muerte. Le duró poco el pensamiento, era un descreído, la hubiera salvado antes.

Aferrado al perfumero corrió bajo la lluvia, miró el tacho herrumbrado, disfrazado de agapantos, tomó el colectivo y empezó a planear cómo haría para encontrar a Celia Galbiatti.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Jorge Dimitroff

Desde el punto de vista literario, no mucho: Escribo bastante pero no publiqué nada. Un solo premio (primero) en un concurso de barrio, más precisamente en la escuela donde cursan mis nietas.

Lo que si hago es leer, desde que tengo uso de memoria leo y de todo. En esta etapa prefiero autores latinoamericanos, Márquez, Amado, Sacheri, Soriano, en su momento Vargas llosa, y otros.

Contacto con el autor: jdimitroff@tauco.com.ar

EL CAMBIO

Lo vio venir con una ficticia decisión y pensó: *-A éste lo mato-*. Instintivamente se tanteó el bolsillo donde guardaba la sevillana de hoja retráctil. Dentro de su mundo cotidiano, ésta era una prolongación del brazo. Nació y se crió en un ambiente violento. De padre desconocido y madre semi ausente, fue la calle, en toda su crudeza que lo formó. Sus amigos y -socios-, más o menos con la misma historia. Desde siempre entendieron, o creyeron entender, que la manera de resolver sus contradicciones y diferencias era por intermedio de la ley del más fuerte o del más rápido.

Con algún grado de sorpresa, se daba cuenta que la forma de vida adoptada, no podía seguir mucho tiempo más.

En algún momento se planteó seriamente cambiar algunas cosas. No es solo la certeza de que pronto será padre. Otras cosas. Se acuerda la charla con su compañera, cuando salió de la cárcel. Tres meses se tragó, solo por una confusión. Como no encontraron a quien culpar por el robo, no tuvieron mejor idea que llevarse a un borracho -él-. Tres meses, hasta que le consiguieron un abogado, que le cobró un dineral ¡ni siquiera recuerda donde estaba esa noche!

Fue hace semanas, esa charla la tiene grabada, por primera vez en muchos días, pudieron charlar tranquilos, en voz baja, casi en susurros.

-A éste lo mato, se lo merece, por boludo-, se repitió.

En esa charla, Luisa le sacó la promesa, de por lo menos beber menos y buscar trabajo.

No es por la compañera, tampoco el hijo por nacer, no sabe muy bien por qué, ni siquiera lo piensa mucho, sabe -intuye- que algo en él, en su comportamiento, debe cambiar.

Ese día, salió temprano, diario bajo el brazo, en bicicleta, sin resaca, ya que la noche anterior no había tomado nada. En la esquina de siempre, a sus amigos les inventó la excusa que se sentía mal y por lo tanto esa noche no tomaría. -"El comienzo del cambio, no es tan terrible"-, se dijo.

Fue una mañana desastrosa, en todos los lugares que se presentó, no tenían vacantes. En el último lo hicieron esperar horas para decirle que el puesto ya estaba ocupado. Luego en el camino de vuelta, el tarado ése, que no ve el charco y lo empaapa.

Muy enojado y distraído, manejaba el pequeño auto. Que le fallara a la cita el cliente, que le hiciera ir hasta el suburbio y luego no apareciera, lo sacaba de quicio.

Ya hacía un tiempo, a lo mejor por las sesiones con el psicólogo -pensó- se daba cuenta de su falta de personalidad o de carácter.

De chico, siempre fue el arquero, gordito, luego sencillamente gordo, toda su vida fue el vapuleado. En el colegio, el blanco de todas las bromas, en el barrio, el último en ser elegido para integrar el equipo de fútbol, en la oficina, el que carga con las peores tareas.

Vivió con su madre viuda, hasta que ésta, luego de una penosa enfermedad, murió. Hijo único, soltero. Se decía a sí mismo que lo era por ocuparse de su madre. Era consciente que se mentía, lo era por su permanente falta de carácter.

Debía reconocerse que no solo con las mujeres, en el trabajo, en la relación con los clientes....en general con todo el mundo.

-Tengo que cambiar algunas cosas-; -Si no me impongo más, nunca podré nada-.

Ese día, un cliente lo citó en un barrio muy alejado de la oficina. Cuando llegó, no estaba, pero dejó dicho que lo esperara, pues estaba bastante retrasado. Hora y media lo esperó, y luego le avisaron que no vendría.

"Un tipo no puede ser tan desconsiderado".

En el camino de vuelta, equivocó la ruta y bastante perdido, hubo de preguntar varias veces cómo llegar a la avenida que buscaba.

En una esquina, se cruzó con un ciclista, no vio un gran charco de agua en el pavimento que lo empapó. Bastante molesto consigo mismo, paró el auto, saco la cabeza por la ventanilla y trató de disculparse.

Cuando el ciclista, lo trató de gordo idiota, se dijo:

"Es mi momento, ahora es cuando comienzo a ser, me lo debo".

Se bajo del auto, decidido a todo:

-¡No te permito, negro de mierda! -

"Encima me insulta, a éste lo mato"

En ese momento, justo antes de sacar el arma del bolsillo, algo muy profundo lo paralizó.

El del auto, lo vio bastante más grande y fornido que él, pero al ver que se detenía, equivocadamente creyó que su actitud, acobardó al ciclista. Esto le dio nueva seguridad, y ya con tranquilidad, como perdonándolo, lo amenazó con golpearlo si lo seguía insultando.

Le pareció casi cómico. Se acordó de algo que leyó hacía mucho tiempo: -Todo cambio es doloroso-. Luego se arregló un poco la ropa, tomó la bicicleta y sin decir nada se fue.

Esa noche, dos hombres, en dos lugares distintos, por la misma causa, creyeron que podían empezar de nuevo.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Rubén Fernández

Egresado de la Facultad Medicina UBA. Comencé a escribir en 2012. Asisto a Talleres con Ana Beatriz Romasco y Pamela Terlizzi Prina. Obtuve 1er. Premio cuento SALAC (Córdoba)2014 - 2do. premio cuento Rotary Club Avellaneda 2013 - 3er. premio cuento Hpathy (Bélgica) en idioma inglés 2013. Mención EDEA cuento 2014.

Contacto con el autor: medicnat@hotmail.com

CONCLUYENTE

Hasta hace un rato, antes de la noticia, estaba muerto con anticipación. Ahora, siento que mi sangre vuelve a circular, a regar de savia el cuerpo extenuado. Como una paradoja feroz, la muerte me ha traído vida. Aunque sólo sean unos pocos minutos, serán los más preciosos, los que no pensé tener alguna vez. Las sensaciones se superponen, y luego de años de estar adormiladas quieren expresarse. Ya me desacostumbré a ellas. Los latidos en el pecho son como golpes en la puerta de un corazón que se estremece en su vaivén. Vuelvo a recordar sus labios, sus ojos, y agradezco a la enfermedad, una y mil veces, y vuelvo a sonreír. Pensé que tenía atrofiada la sonrisa, oxidada e inmóvil. Sin embargo, llega este júbilo inesperado, una chispa de sol que enciende las tinieblas. Más que eso, un fogonazo inolvidable que me llevará a la rastra hacia el final, una foto maravillosa que resume lo mejor de la vida.

Su olvido me arrancó preciosos años, y así naufragando una y otra vez, aferrándome a pequeños islotes de resignación, avancé. Tengo treinta y dos años y se me escapa la vida. Feliz recibo esta noticia que vendrá a rescatarme de la tenebrosa noche y hacer que mi vida no haya sido en vano. Mi hermana me cuenta que la llamó, ¡y viene a verme! En una semana esta-

rá aquí. “Solo cinco minutos”, le ha dicho. Valen más que una eternidad; será una despedida, y al mismo tiempo una fiesta. Le agradezco al cáncer, tantas veces maldecido. El único que ha logrado lo imposible: ponerla frente a mí.

Recién ahora empiezo a ver cuando miro, y lo que me queda de vida tiene una razón. Mis ojos se pasean por el techo y reconozco cada pequeño detalle que dibuja un mundo de contornos nuevos. El goteo anclado en mi brazo, es armoniosamente rítmico como un vals de Strauss. Descubro que la luz se filtra por las ventanas y mueve con suavidad las cortinas, como espuma en la orilla del mar. Estoy feliz.

Hace dos años y veintisiete días que no la veo. No intenté saber de ella en todo ese tiempo, con dolor desgarrador admití su voluntad. La amo tanto, que no quise molestarla ni pedir explicaciones.

Vendrá a verme, y el cuerpo me grita su euforia con una energía salvaje. La felicidad que creí imposible me posee como un demonio, me transforma. Mi hermana no cree lo que le cuentan sus ojos, ¡si supiera lo que ha conseguido! No había ninguna chance, y conociendo mis sentimientos ha alcanzado el milagro. No me importa que venga por compasión, ni por lástima. Ni siquiera si buscara humillarme en el momento final. No hay orgullo posible que pueda acotar mi alegría, ni recortar el éxtasis que me hace flotar en la dicha.

Solo anhele tomar su mano entre las mías y decirle, en esos cinco minutos lo que siento: “Siempre te amé. Este mágico momento en que puedo mirarte a los ojos, justifica haber vivido”.

Nada más le pido a la vida ni a Dios. Si luego viene el infierno, lo acepto. Después de verla, tendré fuerza suficiente para enfrentarlo todo.

Mi médico se acerca, y extrañado de verme sonriente me dice:

—¿Ya se lo dijeron? ¿Quién fue?

—¿Qué cosa doc?

-Lo de la biopsia. ¿Recuerda que la repetimos, aunque para mi era concluyente? ¡Falsa alarma, amigo! Contra todos los pronósticos, ¡es benigno!

En un brote de pánico, lo tomo de la solapa del delantal, acerco su oído a mi boca para decirle con firmeza, mientras lo zarandeo:

-Me importa un bledo su diagnóstico ¿entiende? ¡Yo me tengo que morir, hijo de puta!

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Myriam de los Milagros Galante

Nacida en Resistencia, Chaco. Docente. Editó: "33 menos 100 Encadenados" microrrelatos en menos de 100 palabras. "Bichamales" Poesía infantil. "El Decir Textual 2012" (Antología-Editorial De los Cuatro Vientos). "Unidos por la Palabra" (Antología Editorial Aries). "El ciempiés" libro infantil.

PREMIOS: 1º Mención Especial Concurso de Cuentos "Alfredo Veiravé" – 2005 – Cuento Infantil: "Camino a La Paz"- Chaco / 2º Mención Especial Concurso de Cuentos "Alfredo Veiravé" – 2005 – Cuento Infantil: "Un viaje diferente"- Chaco / 3º Premio en el IX Concurso de Cuentos Breves "El Chaco vive a través de sus letras" – 2008 - Cuento Infantil "Asamblea en el monte"- Chaco, entre otros, nacionales e internacionales.

Contacto con la autora: galante.miryam@gmail.com

LA ESPERA

Está amaneciendo. Sol por la ventana. El 4º piso tiene sus ventajas. Se divisa una cancha de fútbol que espera a los jugadores. Todavía es temprano para el juego. Seguro vendrán más tarde. Los he sentido todo este tiempo. Vibré con los goles.

Más cerca, un patio con ropa colgada de un bebé. Alegría por ese niño. Por esa vida. No he visto a nadie allí. Pero hay rastros de presencia.

Un edificio con muchas ventanas. Parecen ojos vigías. A la noche, las luces pestañean. No sé si son las luces o es mi parpadeo.

Hoy se ve distinto. Aquí se siente diferente, el aire está fresco. Los pájaros no trinan con intensidad. Ya es otoño.

Hace poco nos conocimos. No aquí. En la calle. Al pasar. Con total despreocupación. Creo que ella me vio primero. Frente a frente. No la distinguí muy bien. Sin embargo, la sentí propia. Por impulso, en pocos minutos le vomité mi historia, mi vida. Sus palabras se confundieron con otras voces y algunos ululatos. Dijo que la espere aquí. No en la calle donde nos encontramos. En este mismo lugar. Que regresaría a buscarme. Lo prometió. Por eso la aguardo.

De a ratos los ojos se me cierran del cansancio. Sé que vendrá. No precisó día. Ni horario. Todos aseguran que cumple lo que promete. Ojalá. Deseo irme de este lugar. Hay cierta monotonía que ahoga.

Escucho voces en el pasillo. Las oigo, pero no entiendo qué dicen. Hace poco me instalé en este sitio. Cuatro. Cinco meses quizás, perdí la cuenta. No tengo almanaque. Es desde que sucedió el encuentro.

El servicio es bueno. Tres veces a la semana cambian la ropa de cama. Me saludan. Algunos hablan bajito como secreteando. Ellos creen que yo no los escucho. No los saco de su error. Dos veces en el día se acerca alguien, supongo es una mujer. Por el perfume. A musk con gardenias. Otra persona le da instrucciones. Es un hombre. Su voz es espesa, firme. El ritmo tenue del ventilador opaca las voces. Me tranquiliza.

Varios días, no seguidos, allá afuera escuché alboroto. Me abstengo. No salí. Ella dijo que quería encontrarme aquí adentro. Debo obedecer. Me lo recomendaron “Cuando exige, no perdona”. Sí, ellos, con los que hablé el día que la conocí. Todos coincidieron: “De nada sirve cualquier intento de escape”.

Un aparato hace ruido como que infla y desinfla algo. Intento espiar. No lo veo. Solo lo escucho. El sonido es continuo. Cercano. Casi a mi lado. Desde mi llegada no cesó. Marca un compás autónomo.

Cada día, a casi la misma hora, como rutina, invade un aroma a lavanda, a fresas, o a pino. No tengo reloj. Pero calculo la hora por los movimientos. Por el resplandor del sol. Según los días. Pude determinar que eran intercalados. Se repite la secuencia. Eso me ayuda a contar los días. Por eso creo son cinco meses.

Ahora hay un sonido intenso, agudo. Desfibrila mis oídos. La distingo. Allí viene. Abro los ojos para verla mejor, para no equivocarme. Mi corazón se acelera. Es ella. Tal cual la describieron. Dulce. Como contaron algunos viajeros. Me saluda desde la puerta. Entra. Me abraza. Me pide que la acompañe. Abandono el 4° piso.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Germán Norberto López

Computador Científico (retirado)

2007 - 2011: Taller de narrativa del profesor escritor Eduardo Dayan

2012 - 2014: Taller de narrativa y poesía de la profesora poeta Silvia Jurovietsky.

Premios: 2013. primer premio en el concurso "Quijotes Contemporáneos" de la Cámara española argentina de comercio (Presidenta del jurado la señora María Kodama).

2013. Tercer Premio del editorial "Autores Argentinos".

Contacto con el autor: garua35@hotmail.com.

LAS CERTEZAS DE HAMLET

Hoy detesto al género humano, a los primates y a los archipiélagos. Incapaz de concentrarme en algo me dedico a ordenar mi escritorio. Encuentro mi viejísimo y virginal revólver calibre 22 de seis tiros y una foto de cuando tomaba clases de teatro. Estoy con Diego mi amigo inseparable, de la niñez y la juventud. En esa época hacíamos fragmentos de Hamlet. Diego era el príncipe y los demás, los demás. Amábamos al personaje porque sus dudas y sus odios se parecían a nuestras contradicciones de adolescentes y buscábamos las oportunidades de repetir frases de la obra. Dentro y fuera del teatro para Diego fue todo fácil, o tal vez él hizo que lo pareciera.

¿Cuándo empezó a rasgarse nuestra amistad que parecía para siempre? De a poco se hicieron notables nuestros distintos proyectos y terminamos evitándonos para no discutir. Su carrera en los negocios fue ascendente. Hace algunos años, se casó, me mandó una invitación pero no concurrí por despecho y porque no tenía un traje decente.

Vuelvo a mi realidad: he perdido el trabajo, se está acabando la indemnización y a nadie interesa la experiencia de muchos

años entregados al sistema de lunes a viernes, de ocho a doce y de catorce a dieciocho. Estoy viviendo los días de presentar antecedentes laborales, títulos académicos, cursos de post grado y buena presencia a cambio de llamados telefónicos que no se realizan “¿Quién arrastraría, gimiendo y sudando, las cargas de esta vida, si no fuese por el temor de que haya algo después de la muerte?”

Pasan los días y estoy en la etapa que desayuno y merienda se honran con el mismo saquito de té, suena el teléfono, es la secretaria de Diego que me cita en su despacho. Me siento esperanzado, pido por él, me dice que está en una reunión, y me odio por sentirme esperanzado. Guardo el revólver y la foto en el bolsillo del saco.

A la mañana siguiente voy a la empresa ubicada en una torre deslumbrante frente al río. Es una cita muy especial. Voy a matarlo. He decidido vengarme de este orden que pulveriza a las personas, no puedo matar al sistema, pero sí a Diego. Al encontrarnos nos abrazamos. Me mira con afecto y habla de nuestro pasado con la emoción de una plegaria. Pienso “Está rezando, podría matarlo ahora...” si lo hiciera en este momento, salvaría su alma. Meto la mano en el bolsillo y saco el seguro del arma.

Abruptamente cambia el tono y el tema. Hablemos de negocios, dice, me ofrece una gerencia que alguien deja obligadamente, me explica que se trata de un viejo colaborador que no sirve para la etapa que la empresa iniciará, nota mi malestar, trata de convencerme, argumentando que él tiene absolutamente decidido su destino, en cambio yo puedo elegir, debo considerar que el puesto implica un buen sueldo. Escribe una cifra impresionante para mí. Pienso en el viejo gerente “¡Dejad que el ciervo herido llore viendo retozar al corzo sano!” ¡Chau Diego!, ¡Chau Diego! antes que te condenes Mi mano transpira sobre la culata del arma me preparo a disparar. Imagino la escena:

Hamlet me ha herido, la tizona envenenada ahora está en sus manos. Me decido, el disparo atruena el lugar. La secretaria se asoma y lanza un alarido. En el mismo momento aparecen dos

inmensos guardianes. Me ven de pie y aunque mi revólver está como arrepentido, pegado a mi pierna derecha, completamente inofensivo, los dos tiran y los dos aciertan. Caigo junto a él, me duelen las heridas pero será por muy poco tiempo, tiene sus ojos abiertos, asombrados, interrogantes. Me dice con voz pequeña ¡“Noble Laertes, que Dios te perdone! ¡Yo te sigo”! Telón.

Estoy en la vereda. La mañana es fría pero finalmente el tiempo se ha decidido por un sol lejano pero hospitalario. Juzgo mi decisión, ¿es contradictoria? Puede ser pero no es solamente mía, ¿cuántos lejanísimos ancestros, cuyos espectros habitan mis obscuridades tuvieron que ver? No quiero pecar de soberbia, no tengo todas las explicaciones, me digo: “hay más cosas entre el cielo y la tierra de lo que puede soñar tu filosofía” y prendo un cigarrillo.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Damian Marsicano

Periodista. Cursó además la carrera de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado artículos, entrevistas y relatos en distintos medios undergrounds, autogestionados e independientes.

Contacto con el autor: dxaxm@outlook.com

LA VENTANA

Sentado frente a la ventana podía observar un pequeño espacio de cielo que según la época del año, me permitía ver el paso de la Luna por entre el pelotón de edificios que crecen en ese desierto gris y sin vías de escape que es la ciudad. Por qué en la ciudad no hay donde escaparse y cualquiera puede comprobarlo. Solo basta con salir corriendo, siempre derecho. Y lo único que van a encontrar son toneladas de asfalto, vigas, pintura, carteles luminosos, antenas y una fauna monótona hormigueando en cada esquina. En la multitud no hay nadie. Y eso convierte a la ciudad en un desierto.

Disfrutando el silencio de la noche, un silencio a medias, porque en la ciudades hay un murmullo latente, un ruido blanco que no percibimos por costumbre. Y por que posiblemente nos volveríamos locos. Piso 9 de un edificio de 21 rodeado de otras torres y colmenas humanas, de otras vidas y otras ventanas. Las ventanas están hechas para mirar a los otros.

Así fue que me enamoré de ella. Vivía justo frente a mi ventana, cruzando el pulmón de mi edificio, en otro gran depósito humano de cemento exprés igual de apático y alienado que los cientos que hasta el horizonte pueden verse. Llegaba del trabajo alrededor de las 10 aunque algunas veces más tarde. Abría las cortinas. Miraba hacia afuera. Más de una vez nuestras miradas se cruzaban y yo me volvía loco de amor. Después, encendía la

luz de la pequeña cocina y allí permanecía cerca de media hora preparando algo para comer. Cruzaba el living bailando, como si flotara. Luego desaparecía para surgir de nuevo envuelta en una toalla o desnuda otras veces y yo no podía hacer otra cosa más que pensar en cuan feliz podríamos ser juntos, en poner punto final a esa distancia absurda de unos cuantos metros.

Ella solía quedarse hasta bien entrada la madrugada frente a su computadora, mirando televisión o bien fumando y leyendo. Así pasaba sus días, con su propia rutina a cuestas. Los viernes por la noche me dejaba solo. Y yo la esperaba sentado en el mismo lugar de siempre. Cargando con mi propia rutina. Así era y no estaba mal. La veía regresar cuando el Sol comenzaba a subir. Algo borracha, tambaleante y despeinada después de una noche de diversión. Se apoyaba en su ventana a respirar y a fumar. Luego las cortinas se cerraban. Y yo me iba a descansar tranquilo, algo borracho y tambaleante también.

La esperé aquella madrugada. Mi ansiedad brotaba con furia. Finalmente la puerta se abrió. Desprolija, sucia y hermosa, colgaba del brazo de un hombre. Borrachos de alcohol y sexo, rodaron sobre el sillón. Ella comenzó a moverse con sensual violencia clavando su mirada hacia mí. Ahí estaba, sentado en el mismo lugar de siempre viéndolo todo.

Esperar. No hay otra cosa para hacer. Solo esperar. Aquel martes decidí que debía cruzarme con ella. Y así fue. Puse una mano en su boca, sus ojos a punto de salirse de sus orbitas lloraban lágrimas de terror. Estaba hermosa. Apoyé el cuchillo en su cuello y dije:

-Amor, vas a venir conmigo.

Lo próximo que recuerdo es la policía entrando a mi departamento. No sé cuántos días pasaron ni como ocurrió pero ella estaba ahí conmigo. Recostada en mi cama. Muerta. El olor era insoportable. La amaba, pero tuve que matarla.

Ahora paso el tiempo en esta celda. Tengo un lápiz, un cuaderno y una ventana.

RECOMENDACIÓN DEL JURADO

Gustavo Fernando Reyes

Nació en Los Ángeles, Estados Unidos, en 1974. Hijo de padres argentinos, seradicó en Rosario, Argentina, en 1984. Fue Asistente de Producción de la revista literaria “Ciudad Gótica” y Pro-Secretario de la S.A.D.E. (Sociedad Argentina de Escritores - filial Rosario). Colaboró en distintos medios gráficos, en ciclos de lectura en bares y programas de radio. Actualmente es el editor del portal de internet “Literatura de Rosario” (<http://www.literaturaderosario.com.ar>). Ha publicado los libros de poemas *Fusión* (1994), *La soledad del silencio* (1995) y *Poeogramas* (1998) y el libro de cuentos *El fabricante de sombras* (2011). Ha obtenido las siguientes distinciones (entre otras): el 1º Premio Provincial “Mateo Booz” (1996), otorgado por la A.S.D.E. (Asociación Santafesina de Escritores), por el cuento *El silencio árido de la Puna*; el 2º Premio Virginia Woolf (2009), otorgado por el Instituto “Olga Cossentini”, por el cuento *Der Schatten Hersteller*; el 3º Premio en el Concurso Mundos en Tinieblas 2011, de Galmort Ediciones, por el cuento *La habitación vacía*; Mención de Honor en el 2º Concurso de Microrrelatos, del Diario El Popular, de Olavarría, por el cuento Obsequios Reales, con un jurado precedido por Ana María Shua y Mención General en el Concurso de Cuento y Poesía 2011, de “Ediciones Ruinas Circulares”, por el cuento *La muerte de Osama*, con un jurado precedido por Liliana Díaz Mindurry.

Contacto con el autor: gfreyes9@gmail.com

HILO DE BABA EN EL AIRE

Un hombre se detiene ante una casa de lanzas y de torres (una casa con ínfulas de castillo). Al hombre le tiemblan las piernas. Un terremoto de magnitud siete le sacude las rodillas. Intenta tocar timbre pero no logra posar el índice sobre el pulsador. Entonces apoya la mano completa y una descarga le corre por los ríos de sudor de la palma. Como todas las mañanas, busca la seguridad de las sombras. Como todas las mañana, busca ponerse a salvo de las miradas, la furtividad de dedos que apuntan y condenan.

Tras algunos minutos de espera la puerta del castillo se abre. Una mujer madura, de carnes blancas y vencidas está parada detrás de las lanzas. La mujer está en bata. Tiene el pelo húmedo,

rubio, inverosímil. El pelo le humea. Un humo frío, desteñado, amarillento gana el cielo de la mañana. La mujer sacude el pelo inverosímil, agita unos pechos como ubres de vaca, entreabre la bata. Varios resortes negros y retorcidos saltan del pubis. El hombre no respira o respira muy lento. Mueve los pies atraído por el perfume que emanan las hembras en celo.

El camino a la habitación real se hace interminable. Puertas y más puertas se pierden en los vapores del pasillo mientras la mujer de pelo inverosímil arrastra al hombre de las solapas (aun sin aire), mientras lo sumerge en su mundo de delirio y locura. ¿Te conté la historia del rey de Lidia?, dice la mujer, que se hace llamar Reina, la lengua asomando entre el filo de los labios, la historia del rey Candaules, dice. El hombre piensa que escuchará el mismo cuento de hadas, el mismo delirio de siempre. No, no me la contaste, dice el hombre, y un hilo de baba se suspende en el aire. Cómo es.

Candaules fue un rey de Lidia, un valiente, fuerte y hermoso rey de Lidia (la Reina derriba al hombre sobre la cama real), un apuesto rey que amaba a su esposa, no como el gordo de mi marido (deja caer la bata al piso, se escapan más resortes negros), que descuida a su esposa, que corre todo el día de impecable traje azul, vendiendo fraudes de tiempo compartido (el pelo inverosímil flamea con el viento de las palabras, los saltos ornamentales de las ubres), que amaba tanto a su esposa, tanta pasión sentía por ella que empezó a alabar sus virtudes ante el ministro Giges (el hombre lucha con la bragueta, la excitación le hace un nudo en los dedos), y como Giges no creía lo que su señor le contaba (el hombre mira para todos lados, como si los muebles, el placard con espejo, la ventana con vista al jardín real le pudieran ayudar con su erección atascada), el rey decide mostrarle a su esposa desnuda, así (la Reina pateo la bata, revolea las ubres, avanza hacia la cama con las garras extendidas, la lengua lubricando el filo de los labios) porque en el fondo al rey le gustaba exponer a su esposa, y a su esposa le gustaba complacer al ministro (las garras despejan el atasco, liberan los nudos, amasan los gemidos), le gustaba ser fiel a su rey.

Giges finalmente está libre. Exhausto. Satisfecho. La Reina sigue agitando las ubres, abriendo las piernas de par en par, lanzando resortes al aire. Sigue hablando del rey, de cuánto le gustaría que su esposo fuera el rey, y no el pusilánime que es ahora, pero a Giges, extinguida la pasión, lo asaltan sentimientos de culpa, y con más rapidez que agilidad se tira de la cama y se viste. Mira a la Reina, embriagada de goce, de delirio místico, la cara apuntando al techo, piernas desplegadas grotescamente, el pubis brillante, el pelo inverosímil, las ubres caídas una para cada lado.

La Reina empieza a murmurar, a maullar. Giges ya no quiere oírla (al menos hasta la semana siguiente). Abre la puerta y abandona el silencio del castillo. Los vapores de la mañana. Salí, mi rey, es la hora de tu regalo, dice la Reina, sumida en la niebla que levantó la lucha, la batalla cuerpo a cuerpo, salí y tomá tu parte. Entonces la puerta del placard con espejo cruje, emite un lamento, un suspiro al abrirse. Y el mismísimo rey Candaules, en persona, aparece en la habitación, ataviado con su impecable traje azul, la cara gorda y barbuda reluciente de sudor, perlada de lujuria. El rey avanza, avanza como si estuviera caminando por la cornisa de un abismo. Como si estuviera borracho, desanda el camino abierto por Giges. En cuatro patas. Vení y tomá tu parte, dice la Reina, las manos reunidas en la nuca, el pelo inverosímil extendido sobre la almohada. Vení, mi siervo fiel, sangran las palabras al pasar por el filo de los labios. Los labios cada vez más filosos. La Reina se estremece ante el avance del rey, ante el contacto de la barba en las murallas internas de los muslos. El valiente, fuerte y hermoso rey de Lidia lame como un perro dócil. Como un perro fiel.

Hilo de baba en el aire.

FINALISTA

Esteban Barbera

Amante del teatro y la literatura. Escribe y actúa.

Contacto con el autor: estebanjb@hotmail.com

EXCUSARIO

¿A qué estás jugando? Tomás un poquito de esto, otro poquito de aquello, pero te quedás con nada. Apenas con un fragmento de algo que parece enorme pero que no podés sentirlo entre las manos, sentir que te las ensucia como te ensucia el barro. Tan existencialista Goyo; si no ensucia, no vive. Siempre es más fácil sentir la suciedad y luego creerla.

Polvo pensamiento, pensamiento que se esparce. La guitarra, el ropero, secarte los labios antes de romper el beso, el jarrón que juntó agua de lluvia. Todo con una fragilidad absurda que no la tocás por-miedo-a-que-lo-que-pase-sea peor. En resumen; el miedo es a que pase, a que pase algo, pero el peor miedo, el que habita salones de fiesta y toma sangre, es a que no esté pasando lo que pasa.

Goyo intuyendo no poseer la capacidad de poseer, lo que le daría coherencia. No poseer, no habitar. Entrar por la ventana, gemir en un velorio, saltar en la silla, evitar las líneas de las baldosas e irse, siempre irse. Los proverbios chinos, los libros de Cortázar, las perras negras, los poemas de Girondo, la mierda de Sartre y el delirio de creer-que-estás-haciendo-algo-enorme.

El problema, mi querido Goyo, son los inventarios, esos bestiarios de números sucios que a menudo intentan reconfigurarte, perseguirte, descubrirte. El uno, dos, tres. Las cuentas del collar. El orden inalterable de lo que cede, precede y prosigue.

No hay con qué darle, sos un animalito de carga, un listado aburrido de derrotas que parecen triunfos y triunfos que acaban por cansarte, por derrotarte. El tabaco metiéndose por tus

poros. Goyo cagón, miedoso, estatua en mitad de un patio del que siempre querés escaparte. Pисpeás el reloj por el rabillo del ojo, mientras conjeturás, mientras se te hacen trizas los planes.

Verdad parcial; estás en el medio de algo enorme, te lo concedo. Problema menor: pensar que estás jugando. Problema mayor: Jugar pensando. Lo que te importa es que jugás a pensar. Pensamiento húmedo, pensamiento corrupto. La trama, la madeja de lana, la habitación, los discos de Miles Davis, la música de Louis Armstrong, las botellas semivacías que nunca vas a probar, la vie en rose.

Verdad total: Goyo, te estás mintiendo. No hay tablero, no hay juego. Hacete cargo, hacete hombre. Hay un vasito de JB con hielitos fantasmas, a punto de desaparecer. Hay un sillón que no es tu sillón, un vaso de fernet muerto, un atado de Gitanes (dulce francesito, apuesto y encarador, dispuesto y amante), una mujer con dos dagas celestes, un escote paraíso rebelde y todo eso no te pertenece. Una habitación enorme, marihuana en un frasco de mermelada, papel de armar, libros fríos y nada es tuyo.

La guitarrita, Goyo. Cantate una. Cantate mil. Catador de ritmos. Cuidado Goyo, todo lo que cantes puede ser usado en tu contra, se te mete en la cabeza. Cuidado con ella, cuidado. Te hagás el zonzó, o te creas el piola, la noche es una mentira linda que sos libre de creer. No se elige estar del lado de la pared o de la espada. Y lo que muchos viven porque se han decidido; no resulta con vos. No resulta por las cuerdas con las que después atás las imágenes para armar lo que pasó, cuando la espuma baja y los bronquios son puro espasmo.

Acción Goyo, acción, la dialéctica del espacio sin espacio para dialéctica. Tu confusión, la mugre que se te mete entre los dientes. Y es tarde, casi tan tarde que te arden las manos y casi que hablás como un nene que acaba de llorarle a la madre porque no quería sopa.

La guitarrita Goyo, ¿qué pasó? El miedo en la flor que te nace en el pecho. Verdad subjetiva: sos un valiente, un

arriesgado, un temerario, un trapealista que mira para abajo en mitad de un camino de cuerda. Los libros de teatro, las dramaturgias vivas, conflicto, imágenes, acciones. Pensá imágenes que te lleven a acciones.

Goyo enamorado, equivocado. Error y reacción, sensación y consecuencia. Una mujercita acostada, que se tapa las orejas, que se dibuja entre pecas y lunares. Y el miedo a qué dirán se transforma en el miedo a dirán otra vez lo mismo.

Amor que transpira, que también es cosa neutra, cosa tuya, que se mete en los sueños para transformar a tu madre en la figura de un cuadro de Goya, pasar del sueño a la pesadilla. Cuidado. Amor y sueño, pesadilla que te despierta, que te lleva a las habitaciones donde nada es tuyo, donde hay amor, pero no te pertenece.

Resumen Goyo; una habitación, una damita especial y un excusario, absurdo, común, aburrido...uno más, como siempre, para abrir la puerta e irte, sin nada, igual que como llegaste.

FINALISTA

Héctor Ángel Benedetti

Nació en 1969 en General San Martín, provincia de Buenos Aires. Su obra editada en libros y publicaciones periódicas comprende diferentes temas, siendo los más frecuentes la historia y análisis de la música popular argentina, ensayos de crítica literaria, algunos relatos de viaje y narrativa de ficción. Forma parte de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores.

Contacto con el autor: hectorangelbenedetti@yahoo.com.ar

DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE ERAM

Eram es una ciudad pequeña y amurallada, con calles apretadas de veredas mínimas y antiguos edificios recargados en su ornamentación. El trazado es regular, aunque de tanto en tanto se abren diagonales y pasajes angostos que la vuelven confusa y, paradójicamente, laberíntica. A esta impresión contribuyen las casas, que a pesar de las características constantes acaban desconcertando por su variación. Durante dos siglos los constructores fueron respetuosos del catastro geométrico, pero interpretaron a gusto las borrosas pautas de los paisajistas: es la razón por la que los volúmenes son más o menos parejos, todas las fincas poseen una sola puerta, predomina la obra oculta por el mármol o revocada en simulación de piedra, y más allá de estos patrones todo es capricho. Una extranjera notó que en las callejuelas los puntos de fuga hacen que se pierda la noción de escala.

Si bien tiende a lo ideal, esta urbanización no está exenta de singularidades. Hay una calle larga que termina, ciegamente, contra una pared y un banco de piedra. En otro sector existe un recodo escalonado. Entre dos edificios cúbicos (son la mayoría) se ha encontrado una pirámide, y también un patio abierto con un obelisco. Los intérpretes más conservadores creen que varios domicilios fueron concebidos por albañiles trastornados o jocosos (en Eram esto es casi lo mismo), pues solo así se explican ciertas transposiciones irracionales como la casa baja que tiene una columna solitaria en medio de la azotea, o la que es una falsa gruta con entrada de hierro.

Por alcantarillas, escotillones y respiraderos se infiere que existe otra ciudad, subterránea y abandonada. Apóstatas niegan esta creencia aún cuando es absurdo siquiera soslayarla. A través de una rotura en el pavimento, por ejemplo, un día pudo observarse que allí abajo había por lo menos una habitación; tal vez un corredor y una acequia.

Los habitantes perdieron hace mucho el don de la oralidad y es quizá por ello que su filosofía se reduce a una sola disciplina: la *hybris*, que otros llaman ostentación. No obstante, a pesar del silencio y la vanagloria tienen tres formas complejas de lenguaje. El principal es la arquitectura simbólica. No importa la armonía: interesa que la casa posea molduras, bajorrelieves y encarnaciones alegóricas. La sobriedad propende a la indiferencia.

Le sigue en eficacia la comunicación escrita. En Eram no existen las bibliotecas, pero las fachadas poseen inscripciones cuya lectura ayuda a conocer, a interpretar e incluso, llegado el caso, a perdonar a su inquilino. Es corriente ver anotaciones en un *sermo rusticus* evolucionado; el mismo lema de la ciudad es claramente indoeuropeo.

El otro idioma consiste en una convención social marcada por los peregrinos: el domicilio más concurrido es el de mayor prestigio, y esto dice mucho en Eram. Sin embargo, es habitual que estas visitas decaigan con el correr el tiempo, hasta desaparecer por completo; el mantenimiento del edificio, entonces, pierde sentido. Su frente se deslucе, el minúsculo jardín ya no es atendido, y los otros dos lenguajes entran en decadencia.

El primer oficio que aprenden los eramitas es una extraña desviación de la psicología. También practican la historia, pero de un modo muy particular, egocéntrico y poco creíble. La economía de Eram es indolente y pasiva; depende por completo de los forasteros.

A Eram la rodea (o mejor dicho, la encierra) un suburbio que se dilata en tal forma que pareciera ser infinito, aunque de hecho no lo es; este arrabal divergente pareciera ser el reverso exacto del interior del perímetro.

FINALISTA

Jorge Braulio García

Nacido en Buenos Aires en 1957, y desde 1990 radicado en la bonaerense ciudad de Pergamino. De profesión bioquímico, incursionó recientemente en las letras. Entre otros premios, es reciente ganador en poesía del concurso La pluma de plata 2014, organizado por el círculo pehuajense de escritores y lectores. Sus obras forman parte de distintas antologías. Esta pronto a y aparecer su primer libro de poesías y textos breves "Acaso se ha escapado ya el presente".

Contacto con el autor: jorgebgarcia@gmail.com

ABEL

Cuando era muy pequeño, a Abel le regalaron su primera mascota. O se la dieron en adopción, como dicen ahora. La llamó Nerea, como su tía preferida.

Al principio la observaba a través de las paredes de vidrio transparente, altas y planas, seguras, infranqueables. Cuántas veces se había dado de lleno contra ellas, en sus infantiles intentos de atravesarlas para aproximarse a Nerea. Se la imaginaba suave, templada, contenedora.

A medida que iba creciendo, se sentía cada vez más atraído por su criatura. Aunque no siempre comprendía su comportamiento. Le habían dicho que las de su clase carecían de raciocinio, "irracionales" la llamaban los entendidos, pero a Abel ese adjetivo le parecía falaz y despectivo. Nerea no podía ser irracional, algún significado debían tener sus actitudes, aunque él no lo conociera. ¿Por qué vivía atada al piso, desplazándose en ese mundo bidimensional? ¿Por qué hacía huecos en la pared, para luego taparlos y mantenerse escondido por lapsos a veces, larguísimos? ¿Y esos chillidos que emitían cuando se juntaba con sus semejantes?

Cuando su madre murió, Abel se mudó a un nuevo sitio, de líneas curvas, más pequeño. Pero aún podía experimentar la libertad de ascender, avanzar, girar, detenerse y descender.

Podía esconderse entre la vegetación, podía sentir la aspereza de la arena y la suave redondez de las piedras.

Un día Nerea, se fue por uno de esos agujeros que solía hacer y ya no volvió. Al principio Abel la esperó, podía ser como tantas otras veces, en que se iba y al tiempo retornaba, pero en esta ocasión no fue así. Abel sentía que desfallecía. Sintió necesidad de huir tras ella, de correr si fuera posible. Pero para ello tenía que salir. Y las pocas veces que lo había intentado, terminaba retrocediendo ante ese medio tan sutil, tan impalpable, que se extendía más allá de la seguridad del entorno que le era familiar.

Una noche, en que el dolor de la ausencia se le hacía insostenible, Abel no lo pensó más, tomó fuerzas de donde no las tenía y salió eyectado como por una catapulta. Al amanecer, lo encontró el gato, exánime al borde de la pecera, y ya nadie más supo de Abel.

FINALISTA

Griselda Furfaro

Editora. Escribe desde su adolescencia. Concorre a un taller de escritura creativa.

Contacto con la autora: griselfurfaro@gmail.com

FUERA DE RUTA

Sonó el despertador como cada mañana.

“Seis y cuarto”, pensó tentado de quedarse un rato más en la cama.

No había dormido bien. Su sueño estuvo interrumpido por pequeños sobresaltos indefinidos y reiterados. Algo en su interior daba vueltas. Pero él era un hombre cumplidor. Se levantó con cierta lentitud, se dirigió al baño y abrió la canilla de la ducha para que se calentara el agua. Se paró frente al espejo y se vio. Miró su cara, su cabello entrecano despeinado, las cejas abultadas; los ojos profundos, oscuros, con un destello de un gris opaco, se fijaron en su cuerpo de manera penetrante. Lucía fuera de forma, sus músculos ya no estaban tan firmes, notó el paso del tiempo. Aunque todavía era atractivo, algo en él se veía intrigante. Hasta su silencio era sugestivo. El vapor empañó su imagen. Entró a bañarse y repasó, una vez más, cada uno de los detalles de su plan. Ese que venía tejendo en su cabeza desde hacía meses. Ya faltaba menos, horas apenas, para que todo concluyera.

Se percató de los minutos que estuvo detenido en sus pensamientos y con apuro se vistió. Buscó el traje azul, el que usaba para ocasiones especiales, el que lo hacía sentir seguro, distinguido. Descolgó la camisa blanca que descansaba impecable en la percha. Eligió cuidadosamente la corbata, una lisa, de seda. Lo embargaba una extraña vitalidad. Lustró los zapatos negros por décima vez asegurándose de que el brillo estuviera pulcro. Y salió.

La mañana estaba fresca, no hacía frío, hasta se sentía agradable la brisa matutina. Caminó por las calles como un autómatas: siempre hacía el mismo recorrido. No le gustaba improvisar. Todo estaba calculado para llegar a su destino sin que nada se interpusiera en su recorrido. Le gustaba sentir que tenía el control. Su trabajo no era fácil; de todas formas, no lo cuestionaba. Aceptaba los encargos sin preguntar, sin hacer juicios de valor. Con los años, fue creando una coraza que lo mantuvo a cubierto. Hablaba poco y demostraba menos.

El tránsito era caótico, por eso caminaba hasta su trabajo. Desde la vereda miraba los colectivos llenos de gente, de humores, de historias y se mantenía alejado de lo que veía. ¿Costumbre, apatía, indiferencia? No se lo preguntaba. Solo caminaba.

El día fue pasando y de tanto en tanto miraba el reloj metálico, redondo, de fondo blanco, que colgaba en la pared. Levantaba la vista con precaución, no quería despertar sospechas. Se le hizo larga la espera. Notó un cierto temblequeo en su mano derecha, algo inusual en su desempeño. Supuso que por alguna razón su inquietud se estaba manifestando en su cuerpo. Estas cosas antes no le sucedían. Debía estar atento, volver a su centro. Siguió con su rutina y no le dio importancia. Estaba acostumbrado a no cuestionar, a no mirar, a no ver; él solo cumplía.

A las siete en punto tomó sus cosas, palpó el bolsillo interior de su traje y volvió a hacer el chequeo de los movimientos a seguir a partir de ese momento. De manera minuciosa detalló en su mente cada paso para no cometer ningún error.

Afuera estaba oscureciendo. Ya se habían encendido las luces en las calles, en las vidrieras. Él iba abstraído en el cálculo de los minutos, contaba y reevaluaba: no quería perder su única oportunidad. El cronograma estaba armado con precisión y guardado en su memoria. Pero, de pronto, se detuvo en un puesto callejero. Decidió que detenerse ahí estaba dentro de su ruta y no alteraría el resultado final de su cometido.

Su corazón se aceleró, una velocidad inusual para sus emociones entrenadas. “¿Estoy perdiendo forma? ¿Me estaré debilitando? Nunca antes me sentí desconcentrado.”

Aun así, continuó decidido. Cruzó la avenida con cuidado. Dobló a la derecha y enfocó su visión hacia la puerta del edificio menos iluminado. Tuvo un momento de zozobra, pero inmediatamente notó que no todos habían salido, los directivos siempre eran los últimos en dejar las oficinas. Se escondió detrás de un gran árbol, de tronco grueso y rugoso, algo arrogante para esa calle. Ya estaba en posición y preparado, listo para dar fin a la situación. El factor sorpresa era determinante. Con un solo movimiento dio un salto y cubrió los metros que lo separaban de su objetivo.

De manera rápida y precisa se detuvo frente a ella, extendió su mano y sin decir palabra le dejó ver la pequeña caja roja que había esperado pacientemente en el bolsillo de su saco. De pie, sonrojado, con una enorme sonrisa, le ofreció también un humilde ramo de fresas frescas.

FINALISTA

Amilcar Martínez

Nació en Las Breñas, Provincia del Chaco.

Cursó estudios primarios, secundarios y terciarios en la misma ciudad. Se desempeñó como docente en distintos establecimientos educativos de la provincia.

En 1981 obtuvo el primer galardón como escritor cuando se hizo acreedor al segundo premio en el Concurso Periodístico Literario a nivel provincial, organizado por la U.N.N. E., la Subsecretaría de Cultura y Educación de la Provincia del Chaco y auspiciado por los diarios "Territorio" y "Norte", el trabajo presentado fue "El Impenetrable: Presente y Futuro de un Emprendimiento Chaqueño".

En 2006 fue distinguido por los Amigos de las Letras de las Artes (ALEA) con la Segunda Mención de Honor por su obra literaria "Primaveras en 3 D". Tres años más tarde la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) le otorga la 7° Mención Honorífica en virtud de haber participado del Certamen Internacional de Poesía 2009 con la obra "La Espera".

Contacto con el autor: elpumamilcar@yahoo.com.ar

LA FRÍA NOCHE DE FILEMÓN

Como venía ocurriendo en las últimas dos semanas, Filemón Semeniuk, sacó su banco circular de tres patas y lo colocó junto a la única pared de adobes que tenía su vivienda y, que se había constituido en el escudo protector de las innumerables batallas libradas contra el implacable sol veraniego del Chaco. Las restantes paredes habían sido construidas con ladrillo cocido y, la casa contaba además, con un cielorraso de delgadas tejuelas.

Aquella tarde de Julio, Filemón advirtió que el sol colisionaba con el horizonte desprendiendo millares de astillas ígneas que incendiaban el poniente. Nunca había contemplado el horizonte en llamas y, se dispuso a disfrutar del inusual fenómeno óptico. En ese momento, atascó generosamente su pipa con pizcas de buen tabaco picado que extrajo de un paquete color verde que tenía el logo de una planta sureña.

Hacía días que permanecía insomne y apenas probaba bocado. Las ojeras pronunciadas delataban el pésimo momento anímico que estaba atravesando.

La muerte abrupta de Natasha, su compañera de ruta durante cuatro décadas, había sido el detonante psicosomático y, realizaba ingentes esfuerzos en la ardua elaboración del duelo. Tantos sueños compartidos, tanta lucha vana, tantas penurias y, aquel desgraciado suceso de tener que contemplar atónitos, cómo su único hijo Lucio Miqueas, militante de las Ligas Agrarias Chaqueñas, era arrebatado por una decena de uniformados dependientes del Regimiento de “La Liguria”, con asiento en Resistencia, para ser arrojado a la cubierta metálica de un “Unimog” y, nunca más ser restituido al seno familiar. Embebido en tantos recuerdos, había perdido la noción del tiempo y, la percepción ambiental estaba ausente. “Garibalbi” o “Gary”, el perro noble de la familia Semeniuk, lo volvió a la realidad, cuando lanzó un gemido luego de acomodar sus entumecidos huesos sobre un cuero de cabra.

El frío del atardecer se hacía sentir con cierto rigor y, el hombre inició un éxodo lento hacia el interior desolado y sombrío del hogar; cargó banco mantas y un par de plantas ornamentales que habían sido la devoción de Natasha. Antes de cerrar la puerta se dirigió a la fragua y atascó un brasero de fundición con vivas brasas rojas que se encargó de acomodar en proximidades de la enorme mesa de algarrobo negro. Mientras partía en mitades su última galleta, se dirigió a la fiambarrera y extrajo un chorizo seco que comenzó a masticar y dar vueltas en la boca, se diría sin ganas. Fue entonces que advirtió que un par de enormes gotas cristalinhas se habían depositado en el mantel de hule. Observó detenidamente el techo y, pudo comprobar que la única chapa desnuda de tejuelas, quién sabe por qué causa, no presentaba condensación de humedad... Eran sus lágrimas.

Aquella noche particular, se sirvió un segundo vaso de grapa y, acercó el banco, aún más, hacia el calor que ema-

naba del brasero. Sintió que los párpados le pesaban como nunca y la lucidez comenzaba a fugarse por la llama azul celeste que se desprendía de la lámpara a alcohol que pendía de la pared. El sueño reparador y renovador de energías, anhelado durante tantas jornadas, al fin llegaba. Afuera el cielo dilatado, reventaba en estrellas y la luna, mansa y pálida iluminaba tenuemente la fronda de los quebrachos.

Al día siguiente – como lo venía haciendo desde que Filemón había enviudado – la Chevrolet Apache de Wladimir Pasic, el vecino más cercano y servicial, se acercó raudamente por la sinuosa senda, para ver si el desgraciado necesitaba algo del pueblo.

Presintió que algo andaba mal, apenas descendió del vehículo. Gritó su nombre, golpeó y empujó la puerta y, no obtuvo respuesta alguna. Entonces, tomó la drástica decisión de atar la puerta al paragolpes de la pick – up y, literalmente la hizo volar por el aire.

Cuando Mateo franqueó el umbral, observó una escena que lo desequilibró y le disparó el corazón. Sus ojos se desorbitaron y entró en pánico. Corrió hasta la camioneta y se dejó caer sobre el volante mordiendo el puño del abrigo en señal de impotencia.

La vida de Filemón Semeniuk, se había apagado junto con decenas de brasas que se habían incrustado en su geografía facial mutando en un extraño relieve de pequeñas rocas negras y diminutos cráteres provocados por meteoros de carbón vegetal.

FINALISTA

Griselda Perrotta

Buenos Aires, 1976. Traductora e intérprete en idioma inglés. Docente (UBA). Abogada. Escritora.

Blog: <http://www.princesadelaviruta.blogspot.com.ar/>

Contacto con la autora: griseldaperrotta@gmail.com

PRESAGIO DE LLOVER

En mi casa las moscas anuncian la lluvia. Y hay que verlas.

Primero es una oronda, ni tan gorda ni tan flaca, que empieza a insistir; y se queda, aunque yo la espante, aunque el gato la cachetee, saltando al aire, como un perrito. Y después viene otra, y otra, y otra más. Así a veces días, como una convención de moscas, se me va armando.

Se juntan justo ahí, bajo el techito del quincho, del lado de afuera, donde no crece el pasto. Y ruedan, y nadan, y saltan. Y vuelan en círculos, claro; como cualquier mosca. Y esto quiero aclararlo. Estas son moscas comunes, normales, insectos montón. Ahora, por qué vienen a reunirse a mi casa, no tengo idea. Porque no es que cuando lo cuento me dicen “ah, sí, en mi casa también”. Ni tampoco es regla que las moscas se aglomeren tanto para anunciar lluvia. No en una casa cualquiera, como la mía. Ni tampoco tanto.

Dudo que sean siempre las mismas moscas. Calculo se van renovando. Pero igual; como grupo en sí, como cosa colectiva, como conjunto, para mí, que las padezco, no dejan de ser una misma presencia que la pre-lluvia invoca, ahí, bajo el techito.

Es la lluvia, que las reclama. Porque si algo sé es que estas moscas, conmigo, no tienen nada que ver. Son de la lluvia. Como un sacrificio. Como un dios, o algo. Mías no son.

Si es una; dos, seis; hasta seis, las dejo. Pueden ser moscas cualesquiera. Pero ya siete, diez, o así, no. Ahí ya sé que en un

par de días se empiezan a arremolinar, y vibran, como una pelota, en zumbidos negros, brillantes, ahí, bajo el techito. Y ya no salgo.

Las miro por la ventana. Miro de acá y no salgo. El gato al principio sí, cuando son poquitas, pero después ya también, se da cuenta de que es inútil.

Espantarlas, igual se quedan. Y veneno. Probamos, una vez, con el veneno. Un poco se disipaban, pero mientras lo estaba esparciendo el gato me miró y dijo “me va a hacer mal a mí”. Y tiene razón, el gato. Y a mí, también, me va a hacer mal. Que el veneno es veneno, qué cuernos. El veneno es veneno para todos. Si mata a las moscas por completo es porque son bichos chicos; pero es cuestión de dosis, no más. Otro poco y mato al gato; y otro tanto y muero yo. Y si no me mato, y si no mato al gato; del todo, digo; si no nos mato, a mí y al gato, igual seguro el veneno nos mata un poco. Y yo no quiero morir un poco. Como el enjambre, cuando ya llueve. Y desde antes. Un rato antes, justito antes, gira más lento, con tono espeso; y de a una caen, y después más, y así ya en grupos, se van cayendo todas al suelo, muertas, en grupo, el cuerpo duro y las alas tiesas, hasta la última, y después sí. Después las gotas, que son de a una, y que son mil gotas, caen con furia sobre los cuerpos, y los dispersan. Y es sólo lluvia, y se van las moscas.

Ahora llueve. Ya no hay más moscas.

Desde el sillón yo miro la lluvia.

El gato duerme y ya no hay más moscas.

FINALISTA

Agustina Roldán

Nació en Trelew, 1996. pasionada por los viajes, las artes marciales y los libros, estudié en el colegio secundario Julio Cortázar en mi ciudad de nacimiento, y en el Lycée Eugene Thomas, en Le Quesnoy, Francia. Actualmente estudio medicina en la Universidad de Buenos Aires.

Algunos reconocimientos y actividades académicas:

Segundo Premio Categoría B en el concurso de radio cuentos “El mesozoico en la Patagonia” 4ª edición, 2010

Mención a la mejor ilustración concurso de radio cuentos “El mesozoico en la Patagonia” 4ª edición, 2010.

Beca Rotaria Youth Exchange Program. País huésped: Francia. Agosto del 2012- Julio 2013. *Reconocida por el distrito rotario 1690 con el Diplôme Honorifique avec Palmes por la excelencia en el aprendizaje del idioma e interés en la cultura francesa.

Integrante del Equipo de trabajo del Proyecto Educativo Audiovisual Un Viaje a los Derechos Humanos, Arte, Cultura y Memoria. (viaje educativo con docentes y estudiantes a Auschwitz y Fosas Ardeatinas, Res CDFHCS 105/13, declarado de interés por el Ministerio de Educación de la Provincia del Chubut) año 2013.

Alumna Becada. Beca Instituto Balseiro 2013 para alumnos de escuelas de enseñanza media. Tema de la monografía: “Dilemas éticos en la actividad científica” Bariloche, Argentina.

Contacto con la autora: agustinaroldan4@gmail.com

LA LLUVIA PERENNE

Llueve dulce e inagotablemente. Llueve como vivo yo, sin ánimo pero con paciencia.

Siempre me gustó cómo la lluvia transforma la ciudad. Todo se escucha lejano a través del agua; el ruido de los autos, la charla de la pareja de enfrente que sale a trabajar, el llanto del perro del vecino que quiere entrar a la casa. Todo el mundo se esconde bajo los techos, dentro de los autos, bajo los paraguas. Me gusta cuando llueve porque me siento un poco menos solo, siento que todos están igual de enfermos, igual de obligados a quedarse en casa.

Escucho la puerta de la entrada abrirse y a mi madre escurrir el piloto mientras se saca las botas. Huelo el perfume a tierra mojada que penetra la sala.

-Qué vacías están las calles cuando llueve -me dice-. Te compré una tarta de manzana para el desayuno- los regalos matutinos siempre significaban malas noticias.

-¿Qué dijo el doctor? -pregunté sin dejar de mirar hacia afuera.

-Nada, todavía no hay nada. -Su voz denotaba una resignación aburrida y una tristeza inmutable. Cortó la tarta y preparó mi cóctel de medicinas. Nunca hay nada, siempre era lo mismo, la misma espera eterna. -Fui al correo, a preguntar si había llegado alguna carta de tu padre. Dijeron que buscarían otra vez, pero que no encontraron nada aún.

Me acerqué a ella y le di un pequeño abrazo. Estaba tan sola desde que mi padre se fue, desde que me enfermé. Me asustaba pensar lo que pasaría luego. Volví a mi lugar junto a la ventana. Tomé mis medicamentos, me sirvió una taza de té junto con la tarta y miró la lluvia conmigo.

-Espero que tanta agua no maté las plantas. -dijo tocándome el hombro con ternura. Escuchamos tres golpes en la puerta trasera. El rostro de mi madre se iluminó levemente. Me dio un beso en la frente-. Te conseguí un pequeño regalo.

Caminó rápidamente hasta la entrada trasera, yo la seguí a mi propio ritmo. Escuché la voz de un hombre y un ladrido. Al llegar me apoyé un poco en la pared y contemplé como un pequeño perrito de pelaje blanco se sacudía la lluvia de encima mientras crecía un destello de emoción en mi.

-No te preocupes por el barro, lo traje en brazos -dijo el hombre a mi madre, luego se acercó a mí y tomándome de un hombro me dijo "disfrútelo, caballero". Mi madre lo invitó a tomar algo, pero rechazó la propuesta cortésmente, excusándose porque tenía que llegar a casa antes de que sus hijos volvieran del colegio.

El perrito comenzó a husmear todo inocentemente con su nariz. No pude evitar reír.

-Como tu padre no aparece necesito volver a trabajar la semana que viene y no quiero que estés tan solo en casa. Sólo espero que no te agote mucho – corrí a abrazar a mi madre y le agradecí el regalo-.

-¿Puedo sacarlo a pasear?

-No, mi vida, no mientras llueva. -la sorpresa del cachorro me había hecho olvidar la lluvia por un momento. Lo tomé en brazos y fui de vuelta a la ventana.

-¿Por qué tarda tanto en dejar de llover? Siento como si hubiese llovido desde siempre.

POESÍA

- Dos panes, Raquel Jaduszliwer / *pág. 11*
Filosa, Alicia Márquez / *pág. 15*
Rincones, Rubén Reches / *pág. 19*
Seis sueños y un tercio, Rafael Gabino Britez / *pág. 21*
Doble, Castell María Fernanda / *pág. 24*
Proustiana, Waisman Alicia / *pág. 26*
La poética de Aristóteles, Martínez G. Pablo / *pág. 29*
Pastillitas, Herrera Emilio / *pág. 31*
Naúfrago, Linares Claudio / *pág. 33*
La bolsa, Sciascia María Sol / *pág. 34*
Las horas parecen de Abril, Slednew Susana / *pág. 36*
Bestia, Tavella Rodrigo Hugo / *pág. 38*

Ediciones Ruinas Circulares
Título

VII ANTOLOGÍA
-cuento-poesía-

Se terminó de imprimir en
BENGRAF
Aguirre 741- Bs. As. - Argentina
en el mes de JUNIO 2015

CUENTO

- Nosotras, Padilla Ezequiel / *pág. 47*
- La pava, Dadante, Daniel Rogelio / *pág. 49*
- Rompecabezas incompleto, Lombardi Damián Ignacio / *pág. 53*
- Yo ya no tengo que ver con (...), Mancini Vicente Eduardo / *pág. 56*
- Duermevela, Martín Gabriela / *pág. 59*
- Un paso en falso, Blackie Beatriz / *pág. 62*
- Contra la pared, Borrello Enriqueta Noemí / *pág. 64*
- Vendedor de ilusiones, Casas Estéban / *pág. 66*
- Mentimóño, Castell María Fernanda / *pág. 68*
- Indicios de Celia Galbiatti, Comotto María Isabel / *pág. 70*
- El cambio, Dimitroff Jorge / *pág. 73*
- Concluyente, Fernández Rubén / *pág. 76*
- La espera, Galante Miryam de los Milagros / *pág. 79*
- La certezas de Hamlet, López Germán Norberto / *pág. 81*
- La ventana, Marsicano Damian / *pág. 84*
- Hilos de baba en el aire, Reyes Gustavo Fernando / *pág. 86*
- Excursario, Barbera Esteban / *pág. 89*
- Descripción de la ciudad de Eram, Benedetti Héctor Ángel / *pág. 92*
- Abel, Garcia Jorge Braulio / *pág. 94*
- Fuera de ruta, Griselda Furfaro / *pág. 96*
- La fría noche de Filemón, Martínez Amílcar / *pág. 99*
- Presagio de llover, Perrotta Griselda / *pág. 102*
- La lluvia perenne, Roldan Agustina / *pág. 104*



La máxima violencia: saber que la palabra es necesariamente un monstruo de dos caras y que no se trata del equívoco ocasional o inclusive corriente sino del equívoco del equívoco. ¿Transparente por poco sentido? ¿Opaca por mucho sentido o porque no dice nada?

Cuando San Juan de la Cruz dice deseando nada está diciendo violentamente muchas cosas. Por ejemplo: que la literatura es deseo de nada. Que ese deseo de nada es deseo de Dios, es decir, deseo de nada, es decir, deseo de Dios. Que la palabra es nada y dice nada y con ella el escritor desea decir eso: la nada, que es como decir todo. Que es infinito lo que quiere decir, y como no hay palabras para decir el infinito desea nada. Y todos los caminos que se pueden abrir, tantos como pasiones que leen. Porque hace falta eso: la pasión. Y la pasión es la violencia maravillada, en éxtasis. Como si fuera lo contrario de la violencia. Pero la palabra literaria es violencia, de mayor calibre que una injuria o un insulto. Porque es amor violento, violentado, que violenta, viola. Deseo. Y de nada.

Liliana Díaz Mindurry

